



■ TIEMPOS ■ MODERNOS

Hay una sola cosa tan inevitable como la muerte: la vida. CHARLES CHAPLIN

JAMES BALDWIN:
PROFETA DE LA IRA

SARTRE:
NOCIÓN DE DECADENCIA

PASOLINI JUZGADO

ARTHUR MILLER:
AGONÍA Y AMOR

NORMAN PODHORETZ:
EL NEGRO, MI PROBLEMA

REPORTAJE o
NORMAN BRISKI

MARTA LYNCH:
LA SEÑORITA
DE LA NOCHE

**CRÓNICA DE UN
INICIADO**
de ABELARDO CASTILLO

POEMAS
de FÉLIX GRANDE
y ARNOLDO LIBERMAN

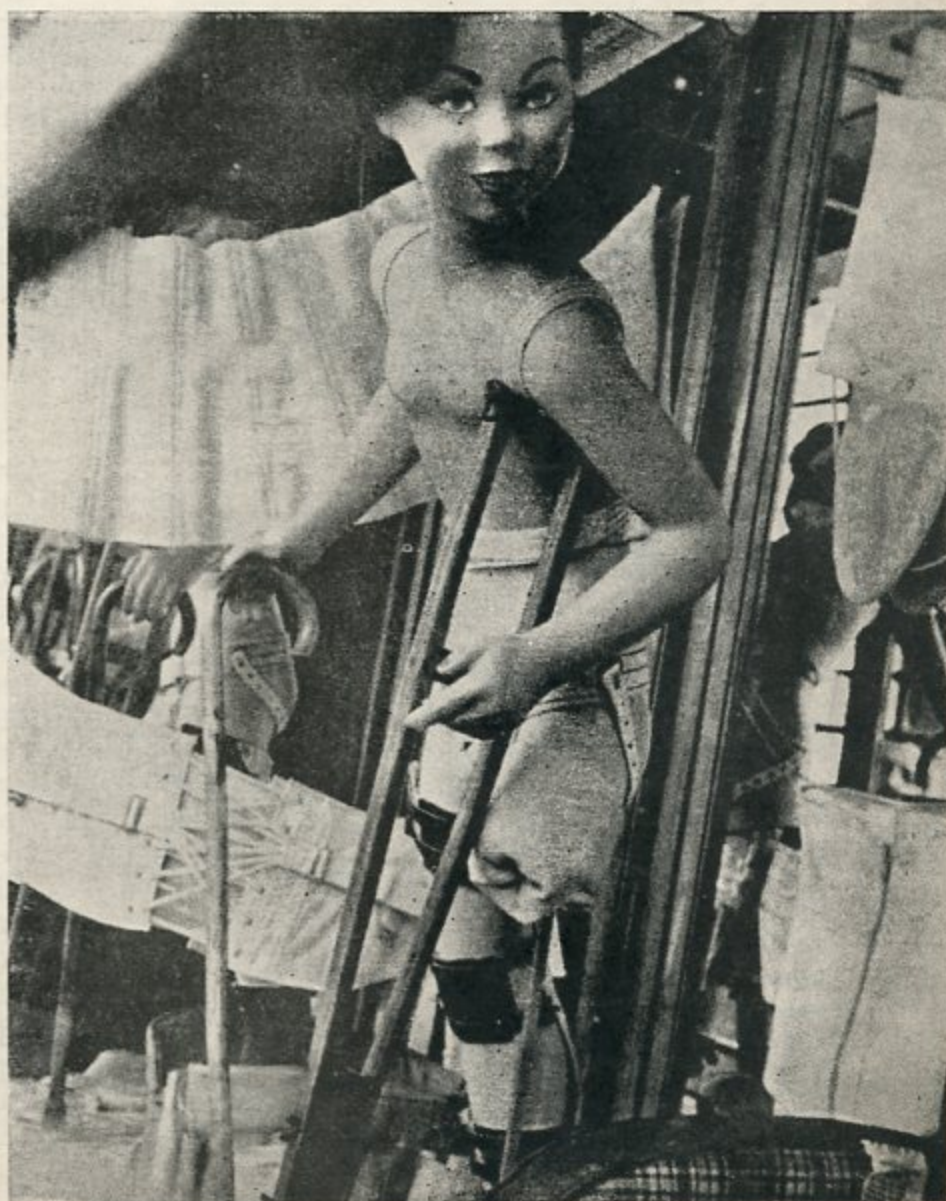
CREDO
de HÉCTOR YÁNOVER

EL BARRILETE:
POEMAS Y PALABRAS

**PENSAMIENTOS SIN
PEINAR:**
STANISLAW J. LEC

**BASTÓMETRO EN
EL TEATRO**

EDITORIAL:
EL FRAC EN EL
BODEGÓN



4

NOVIEMBRE - 1965
\$ 80

TIEMPOS MODERNOS

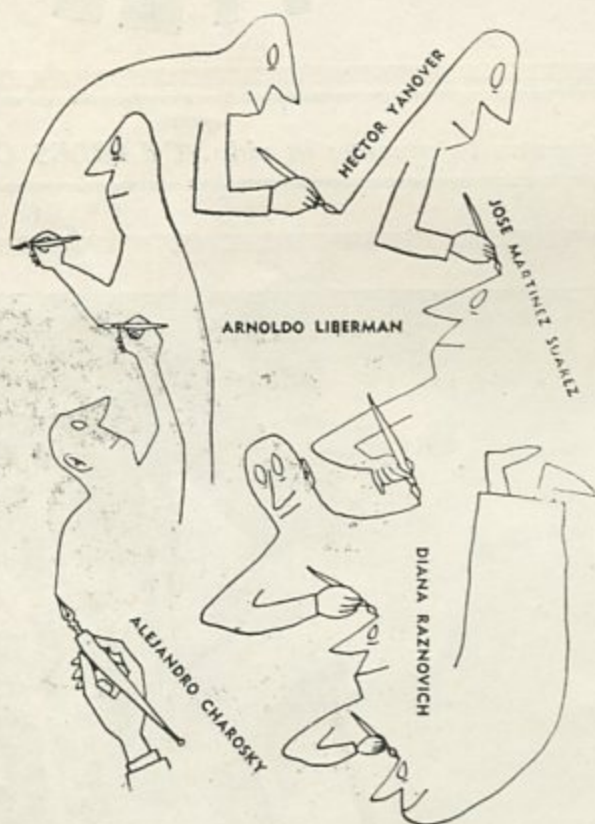
AÑO I

NOVIEMBRE DE 1965

Nº 4

Registro Propiedad Intelectual Nº 835.756

Hacen esta revista:



EDITOR: Arnoldo Liberman

DIAGRAMADOR: Leandro Hipólito Ragucci

CORRESPONSALES:

Madrid: Félix Grande

Roma: Lino Micciché

Berlín: Franco Moggi

Chicago: Zulema Fischberg

New York: Luis Camnitzer

Tel Aviv: Víctor Magal

Caracas: Rodolfo Izaguirre y Adriano González León

Montevideo: Mario Benedetti

México: Max Aub

REDACCION: Aguirre 295, 1º "A" - Buenos Aires

DISTRIBUCION: Pedro Sirera (T. E. 46-4942)

EL FRAC EN EL BODEGON

TIEMPOS MODERNOS ha reducido en este número sus páginas. El elevadísimo costo del papel y la imposibilidad (por natural y comprensiva actitud hacia nuestros lectores y a su presupuesto) de aumentar el precio, nos han obligado a tomar esta decisión, que esperamos sea transitoria, circunstancial. Naturalmente, había otra solución: reducir la nobleza de presentación, bajar la calidad de nuestro ropaje. Y entonces abaratar la tela y el tipo de confección y el relieve y el cuidado. Por eso preferimos la solución primera: menos y bueno. Quizá nuestra posición sea equivocada, pero insistimos en ella: parece ser que —como la carne de los viernes, el buen vino y los campeonatos mundiales— en nuestro país el lujo es cosa de extranjeros. TIEMPOS MODERNOS pretende presentarse a un nivel que considera nuestros lectores merecen. Como aquel personaje de Laurence Oliver, el frac aún en el bodegón.

Sabemos también que —como lo dijimos— esto no es definitivo. Volveremos a las 36 páginas. En tiempos mejores y no muy lejanos. Cuando el país retome la normalidad y el empuje que su historia le está exigiendo. Sin incertidumbres. Sin golpes de estado fantasmales. Sin Universidad sometida a una campaña de deterioro perfectamente organizada. Sin asesinos ideológicos ni revolucionarios de bolsillo ni dogmas ni publicitados macartistas títeres ni "filojudíos" antisemitas (vgr. Silvina Bullrich y José P. Barreiro). Quizá entonces —si aún sobrevivimos estas dificultades que para una revista (y para un país, naturalmente) son más una cruz que un tema de tesis, como lo dijo Camus—, quizá entonces volvamos a las 36 páginas, con la satisfacción de haber permanecido en la dignidad de presentación que nuestros lectores, repetimos, merecen.

REPORTAJE A

JAMES BALDWIN

James Baldwin representa uno de los valores más firmes de la actual literatura norteamericana. Este "profeta de la ira y de la rebelión de su raza" —como lo llamó el crítico inglés Collin Mac Ighnes— es un reparo insustituible para todo lo que significa hoy el tema de la discriminación racial en EE. UU. Por eso hemos pedido al periódico "Nueva Sión" la autorización correspon-

diente para reproducir este reportaje del vespertino "Maariv", de Tel Aviv, realizado por el periodista R. Bashan. Esto, sumado al ensayo de Norman Podhoretz (que se incluye también en este número), da al lector de TIEMPOS MODERNOS un amplio panorama del pensamiento de intelectuales protagonistas de esa dramática y candente crisis racial que parece haber adquirido patente de insalvable.



El escritor se encontraba sentado en el elegante salón del hotel. Vestía una camisa azul a rayas, sosteniendo un vaso de whisky en su mano, rodeado por una docena de admiradores y admiradoras —a quienes escuchaba con los ojos entornados levemente, mientras sorbía lentamente su bebida, en silencio.

Me acerqué. Se incorporó echando una mirada a su reloj.

—Sí señor. ¿Qué puedo hacer por Ud?

—Concederme una entrevista.

—¿Entrevista? Bien, O.K. Comience a preguntar.

—¿Cuándo escribió Ud. su primer cuento?

—¿Cree Ud. que recuerdo? ¿Cómo voy a recordar? Crea que mi primer trabajo fue publicado en 1946. Nadie soñaba en ese entonces que fuera escritor o algo por el estilo. Era simplemente un muchachón, un pobre muchachón negro.

—¿Su padre quería que fuera escritor?

—¿Mi padre? Mi padre quería que siguiera su camino y fuera un predicador en el templo.

Le contaré sobre mi padre. Era un hombre magnífico, pero silencioso y reservado, que murió cuando yo tenía 19 años. Sufrí terriblemente. Siempre temeroso frente al futuro. ¿Qué pasará? ¿Qué habrá? ¿Qué comeremos? ¿Con qué mantendré la familia? Mire, señor, el hombre tenía que mantener una familia de 8 personas con una ganancia de 50 centavos por día (con asco) 50 centavos podridos por día. ¡Míreme! (Se incorpora.) ¡Obsérveme! Yo y mi padre somos lo mismo, en parecido físico, en carácter, en temperamento. Yo sé que en el corazón de mi padre anidaba un miedo profundo y negro: ¿Qué será de mí cuando crezca y me enfrente con el mundo?

(Con odio.) ¿A mi también me romperán los dientes los policías blancos, como le hicieron a él?

—¿Tuvo amigos judíos durante su infancia en Harlem?

—Tuve, más aun, estudié en un colegio judío en Bronx, donde tuve varios amigos íntimos judíos.

—¿Tiene Ud. contacto con ellos?

—(Con orgullo.) Yo soy así: amigo una vez, amigo para siempre.

—¿Es cierto que Ud. habla un poco el idish?

—¿Yo el idish? (Rió nuevamente con su risa especial.) En Harlem no se habla idish.

—¿Su padre le enseñó a odiar a los blancos?

—(Lentamente, acentuando cada palabra.) Mi padre no me enseñó a odiar a los blancos. Eso lo aprendí por mí mismo. Me llevó mucho tiempo librarme de ese odio, sí. Pero ahora estoy completamente limpio de ese odio. (Me toma del brazo.) ¿Sabe usted lo que es ser un negro asqueroso en Norteamérica? Vi lo que le pasó a mi padre. Era un niño, sí, pero no era un tonto. Entendía muy bien porque mi padre escupía sangre para alimentar a nueve criaturas en casa. ¿Por qué? Porque era negro y todos podían jugar con él al football. (Recuerda.) ¿Sabe usted lo que significa ser un negro asqueroso en los EE. UU.? Tengo para usted, otro relato. Cuando me dirigí al editor con mi primer libro "Ve y cuéntaselo a los montes" miró el original, lo hojeó ligeramente y me dijo con su amplia sonrisa: Mi buen muchacho, tu libro tiene posibilidades, pero con la condición que saques un poco de la porquería religiosa negra, eso lo arruina todo! (Con repugnancia.) Creí que iba a vomitarlo en la cara.

—¿Por qué abandonó los EE. UU. trasladándose a París?

—Sentía que me ahogaba en Harlem. Temí terminar como mi padre, ganando 50 centavos por día. Junté 40 dólares y partí para París. Era un desterrado, aunque en lo profundo de mi corazón sabía que regresaría a los EE. UU. Yo amo a París. ¿Sabe usted por qué? Porque allí se puede respirar sin que se fijen antes en el color de la piel.

—En sus libros y obras de teatro se siente una honda amargura, ¿por qué?

—(Protestando.) ¿Qué? ¿Quería que fuera alegre, feliz, radiante? ¿Mientras mis hermanos son perseguidos, golpeados y oprimidos? ¿Qué quería, ¿que escribiera comedias? Leí en el diario que en Israel organizaron manifestaciones protestando contra el envío del embajador alemán y alguien leyó un poema que un poeta judío escribiera antes que los alemanes lo asesinaran, algo así como: "No olviden nunca lo que nos hicieron. Si hubiera judíos que olvidarán quisiera tener la fuerza necesaria para matarlos!..." ¿Y usted me pregunta por qué estoy amargado? Yo soy amargo porque mis hermanas y hermanos, mis hijos e hijas están sumidos en un oscuro cautiverio. Cuando le preguntan a un negro por qué odia a los blancos, es una pregunta realmente asombrosa. Su origen está en el sentimiento de culpa de los blancos, que saben muy bien, que son merecedores del odio. ¿Me entiende usted?

—¿Cree usted que los judíos pueden entender mejor el sufrimiento de los negros, porque ellos mismos fueron perseguidos y humillados?

—(Con seguridad.) ¡Tonterías! ¿Cree usted que el sufrimiento hace al hombre más bueno? ¿Más recto? Tonterías. Hay muchos

BALDWIN (de pág. 3)

judíos que hicieron sufrir a los negros. Tal vez pueda decir que hay dos clases de sufrimiento. Uno es cuando el hombre sufre en silencio, sin reaccionar, como un ciego. El otro cuando el hombre que sufre, se forja, asimila las experiencias de sus propios sufrimientos.

—Es sabido que muchos judíos activan en las organizaciones y movimientos para la obtención de derechos e igualdad para los negros estadounidenses. ¿No demuestra eso que son más sensibles a ese sufrimiento?

—(Con desprecio.) ¿Cuántos hay? ¿20 mil, 30 mil? Pero al ciudadano corriente, ¿le importa? Yo le pregunto a usted, ¿le importa? No seamos románticos, seamos realistas. El ciudadano corriente, en cualquier lugar del mundo, ¿está dispuesto a luchar por algo? No, no y otra vez, no.

—¿Y qué opina sobre los rabinos que desfilaron en la manifestación de Alabama?

—(Incisivo.) Muy pocos. Demasiado tarde. Quiero que usted me entienda, no hablo sobre las personas individualmente, hablo sobre el sistema, sobre el régimen. El rabinato forma parte de la "institución" americana, tanto como la iglesia misma.

—¿Es usted religioso?

—(Violentemente.) Soy más religioso que todos los curas, rabinos y predicadores juntos.

—¿Cree usted en Dios?

—Yo creo en la vida.

James Baldwin es una personalidad colorida, ardiente, conflictiva, tormentosa, sorprendente, brillante y... enojosa. Este hombre es capaz de hacer perder la serenidad aún al periodista más tranquilo y amable. Es delgado y pequeño como un fósforo, sus ojos son más grandes que lo común, y juegan constantemente en sus órbitas, sus dedos son delicados, frágiles y finos, fuma en cadena interminable, bebe cantidades enormes, estalla sin causa aparente en una gran carcajada, mientras uno no acierta a saber si le brota del fondo del alma o simplemente se está burlando. Su lenguaje es una asombrosa mezcla de ira calculada, de emoción profunda y de picardía superficial. Devora los placeres de este mundo con el hambre de un niño de Harlem, cuyo padre mantuvo una familia de nueve criaturas con 50 centavos diarios. Pero de vez en cuando queda silencioso, de repente, recuerda algo, se encierra en sí mismo, se entristece, se pone sus anteojos negros, olvida a los que lo rodean.

—¿Por qué cunde tanto el antisemitismo entre los negros de Harlem?

—No es un antisemitismo dirigido contra los judíos como tales, sino contra los judíos propietarios, parte del organismo de presión, humillación y opresión blanca sobre los negros. El maldito sistema de la discriminación racial empuja a los hombres a una ambición enfermiza, de encontrarse siempre en la barricada adecuada según el color de su piel, y hace caer a los judíos y a los negros en la misma trampa, intrigando entre ellos.

Claro que no se debe generalizar. Yo aún recuerdo con agradecimiento a muchos tenderos judíos de Harlem que nos dieron alimentos a crédito, y se comportaron con nosotros como seres humanos.

—¿Puede usted definirme brevemente por qué lucha?

—(Con enojo.) ¿Por qué lucharon ustedes los judíos en Israel? ¿Por la indepen-

dencia? Nosotros queremos lo mismo. Por cierto que hay diferencias, ustedes lucharon contra el invasor y lo expulsaron, nosotros en América no queremos echar a nadie. (Grita.) Pero debemos, me oye usted, debemos aprender a vivir juntos, blancos y negros. ¿Sabe usted, por qué los norteamericanos se ocupan tan intensamente de investigar el espacio? Porque no pueden solucionar los problemas en la tierra y entonces se envuelven en acero y plástico y tratan de llegar a la luna. Es una fuga. Pero de nuestro problema es imposible escapar. En mi opinión, el problema no es liberar a los negros, sino liberar a los blancos de su obsesión. Míreme. A los 17 años era libre de toda ilusión y de todo miedo. Era el hombre más valiente del mundo. ¿Por qué? Sabía que peor de lo que pasaba, no podía ser. (Con viva amargura, como si hubiera sido hace un año.) A los 10 años, por ejemplo, se me acercó un policía blanco y me rompió los dientes. ¿Por qué? Porque sí, porque se le dio la gana. ¿Puede ser peor, dígame usted?

Tengo otro relato. Durante la guerra trabajé en un depósito militar en Nueva Jersey. Entré a un restaurante y pedí comer, pero la camarera me dijo: "Aquí no servimos a negros; ¿por qué entró usted aquí?" Quise matarla.

—¿Haría hoy lo mismo?

—(Realmente triste.) Ahora soy más viejo, más sabio. Y escriba por favor que no soy un asesino.

—¿Qué opina de los musulmanes negros?

—Es un síntoma de la enorme desesperanza que anida en el corazón de los negros.

—¿Está usted de acuerdo con la ideología de los musulmanes negros?

Los hechos a que se refiriera Malcolm X son verdaderos; con sus conclusiones no estoy de acuerdo. No quiero que mis hijos vivan dentro de un odio ciego. Míreme, soy un negro norteamericano de 41 años, que durante toda su vida fue víctima del odio.

—En tiempos del presidente Kennedy, usted fue invitado varias veces a la Casa Blanca. ¿Kennedy entendía el problema negro?

Comenzó a entenderlo poco tiempo antes de su muerte.

—¿Y el presidente Johnson?

Johnson es un político.

—Pero legisla leyes destinadas a otorgar más libertad a los negros de EE. UU.

—(Despectivamente.) ¿Leyes? No necesitamos nuevas leyes, queremos que América cumpla su Constitución. No entiendo demasiado de política o economía, pero tengo un poco de sentido común. Ninguna ley podrá ayudar mientras la vieja y putrefacta oligarquía gobierne en el sur. Ellos tomaron sus cargos ilegalmente, ellos no representan a nadie, salvo a sí mismos. El gobierno puede resolver cada mañana sobre mil encantadoras leyes, pero eso no vale ni un centavo mientras en el sur gobiernen gente como el senador Wallace.

—¿Cómo escribió "Blues para Mr. Charlie"?

—La obra está basada en el asesinato de un joven negro en Mississippi, en 1955. Por supuesto (con amargura) el asesino fue puesto en libertad. Y todavía fue a contar su relato a un periodista. En mi mente se grabó profundamente este relato. Un día recordé que Elia Kazan me insitió varias veces que escribiera para el teatro. Tuve muchas dudas y vacilaciones, pero el relato ardía en mi interior. Lo expresé en "Blues para Mr. Charlie", una obra sobre

gente que está profundamente hundida en el terrible odio racial.

—¿Por qué ha venido a Israel?

—(Simplemente.) Yo amo a Israel. Mi obra "Y digamos Amén" se representa actualmente en Israel. Estaba en Constantino, y resolví visitar el país.

—¿Escribirá alguna vez algún libro sobre Israel?

—No soy de esos escritores que permanecen 15 días en un lugar y luego escriben cuatro tomos. Ya estuve una vez en Israel, y he de volver para estar un tiempo, tranquilamente, y entonces es muy posible que escriba.

—¿Ve usted alguna diferencia entre el judío estadounidense, que usted bien conoce, y el israelí que usted ve hoy?

—Una enorme diferencia. Creo que el israelí sabe mucho mejor que el judío norteamericano qué es, quién es, y hacia dónde se dirige.

Hoy en día no es difícil sólo ser judío o negro en EE. UU. Es difícil ser hasta un americano blanco. A veces me parece que el joven pueblo americano no quiere madurar, quiere permanecer niño por una eternidad, para no tener que asumir nunca las responsabilidades de los mayores.

Cuando mis antepasados se trasladaron del sur al norte no tenían dinero ni alimentos, y se mantenían con los melones que robaban por el camino. Por eso, en los EE. UU. identifican automáticamente al negro con los melones. Durante años me avergoncé de pedir melón en un restaurante. También mi nariz chata y mis gruesos labios me causaban terribles complejos, pero ahora estoy orgulloso, pues son mis cabellos, mis labios. Míos, míos. Porque soy negro. Mozo, por favor, ¿me puede servir una porción de melón?



LEA
SETECIENTOS
MONOS,

HOMBRE

Rosario - Buenos Aires

Mata el rey desde su carro de caza. La diosa de los besos, junto al río, eleva su copa al cielo. Y lo que era historia y lo que llegaba luego y el antes que no estaba y el mañana impreciso. Y todo aquello que fue y no vino y aquello que será sin dejar rastros.

Los árboles se inclinan ante el viento que sopla. Los ángeles en las corrientes de aire se deslizan como las barcas en el río (es la historia, el poeta es el ángel).

Y más acá, junto a la lámpara y la sombra de la mano, el tiempo se convierte de siglos en minutos. Ya no corre, se explica en el camino. Se detuvo al borde de mi cuna y volverá a correr cuando me muera. Mañana, en los ojos borrados de un crepúsculo, estaré en el recuerdo poblado de fantasmas, algo que entre las hojas de los pinos sopló el viento y fue a dar en el ojo oscuro de la noche.

Seré el ángel innumerable que va en el aire como en un río. Pero estaré integrado al torrente en la selva y llevará la luna mi ojo en la marea. Seré uno con lo que anduvo, escarabajo eterno y siempre el mismo, árbol sin apellido y siempre el mismo, ola sin fe de errata, fuga, camino.

Desde la sombra miran las sombras. El mundo mira al mundo. Es una larga y tensa cuerda pronta a saltar todas las cosas. Majestuosa y soterrada la vida; fielísima a los vivos, tradición de los muertos. Y una sola cosa eterna: el amor.

Y así el tiempo, héroe forzoso y vencedor, aglutina el antes y el después en este ahora que espera. Y las lágrimas se secan y el temor pasa y la ansiedad y la pólvora. Sólo el recuerdo queda. Y el mañana.

¿Pero qué es el mañana sino la proyección del hoy? ¿Qué es el futuro sino este tiempo? El minuto está cargado de inmortalidad como un niño de años, los desarrollará como una cinta de color sobre el césped de la mañana. Pero será una línea con un presente pasado. ¿Borrar el hoy? ¿Destruir lo inmortal?

El héroe es héroe por eso, no porque quiera serlo. Y también el poeta y el artesano de los herrajes. Eso sí, en una sociedad de moral, donde nadie piense que mañana podrá no tener su pan. A partir de esa moral esencial, todas las otras.

Todos los hombres son héroes alguna vez. Los más pequeños se asombran y hablan constantemente de sus proezas; los mayores callan, no han hallado aún los pilares que les cueste vencer.

Una sola ley: no traicionarse. Ser fieles consigo mismo. La más difícil de cumplir. Todas las dudas son una sola duda: ¿esperamos en vano? ¿Y si la pierdo a la orilla de un barco? ¿En una noche, en un alba cualquiera? Toda la fuerza es una sola fuerza: la del amor. El héroe más grande es aquel que sabe lo que quiere y es fiel a sí mismo, siempre.

Cualquiera es más útil que Dios si puede dar lo que hace falta, pero nadie más útil que Dios porque puede dar —aunque no lo dé— todo y siempre. Mientras Dios sea imagen de amor es indestructible. Por eso frecuentemente sus peores enemigos son los que proclaman servirlo. Han descubierto que la ignorancia es el mejor aliado de la publicidad y que se ve más concurrido el circo que el confesionario del corazón.

Hay quienes compran terrenos en Marte y después los venden, porque los sabios aseguran que Marte existe. Pero los sabios ni compran ni venden.

Si los pueblos fueran regidos por poetas, ¿quién elegiría los regidores? ¿Los otros poetas? ¿No elegirían tan mal como frecuentemente eligen las academias sus integrantes? El genio, el creador negado en vida, ¿podría ser elegido? No.

¿Gobernaría bien un mal poeta? No.

Pero un poeta omnímodo gobernando la tierra haría siempre menor daño que un político, un clérigo o un militar. Porque el poeta aspira a la gloria (como Dios) y casi podría decir: es la gloria (como Dios), aunque no se manifieste, aunque esté en él como el árbol en la semilla y nunca eche brotes. El poeta busca la gloria como el río busca el mar. A pesar de los pedregales y los salitrales y el sol y los bebedores, no busca los bienes terrenos porque la gloria —la gloria que busca el poeta— no es un bien terreno. Y ese es su verdadero oficio.

He dicho omnímodo. La democracia sólo es buena cuando el juego es limpio y ese es un cuento griego. Un viejo cuento griego.

Los colaboradores del rey-poeta deberán ser, siempre, otros poetas. El jefe de las fuerzas armadas: un poeta.

El Papa: un poeta.

El Ministro de Industria y Comercio: un poeta.

Los presidentes de bancos, poetas, y así de seguido.

El último Papa dicen que será judío, ni me halaga ni me molesta, pero será hijo de David y escribirá los salmos.

La poesía (la auténtica) es la reserva del mundo. Los poetas son la verdadera raza perseguida. Los innumerables lectores del Quijote nunca piensan que son ellos quienes le apalean.

HÉCTOR
YÁNOVER

CREDO

JOSÉ L. SERRANO

CRISTO DE NUEVO CRUCIFICADO



El escándalo parece ser el destino de Paolo Pasolini. A veces porque recorre caminos que la moral en uso (¿hay mejor?) considera equivocados; a veces, por todo lo contrario: por transitar sin estrépito y en medio del aplauso burgués una ruta que imaginábamos distinta, no conformista. De cualquier manera, un carácter singular de este talento múltiple (cineasta, novelista, filólogo) que sigue dando motivos a los comentarios más disímiles.

Respecto a su versión de "El Evangelio según San Mateo", comentábamos en un número anterior (T. M. N° 3) que Pasolini — a decir de las críticas — ha logrado aunar, milagrosamente, el pensamiento marxista con un respeto religioso por las Escrituras. Sin embargo, algunas voces se han levantado para disentir con el coro de entusiastas. Entre ellas, ésta de José L. Serrano, colaborador de la revista Índice de Madrid, a la que damos lugar por su rigurosa argumenta-

ción. José L. Serrano fue durante ocho años redactor-jefe de la sección económica de Reuters; al mismo tiempo se ha especializado en Germanística y trabaja en el Seminario de Humanidades dirigido por Julián Marias. Participa asimismo en los trabajos del Instituto Arias Montano del C.S. I.C. (Estudios Hebraicos y Oriente Medio). Como vemos, su actividad no es poca y de su documentada cultura va aquí una muestra singular.

Puesto que sobre gustos no hay dogma escrito, no ocultaré que para el mío personal ha sido la elección del Evangelio un dudoso acierto, pues si bien la Revelación en él contenida no es de raíz menos divina que la de los restantes Evangelios, el instrumento transmisor humano que fue Mateo tuvo limitaciones muy precisas, en mi opinión sensiblemente superiores a las también humanas deficiencias de los demás evangelistas. Creo que a nuestra sensibilidad occidental, educada en el sobrio cientificismo de una época en rigor post-cristiana, le hubiera convenido mucho más la austera concisión de un Marcos unida a las profundas intuiciones del anciano de Patmos, ya que frente al comedimiento en el relato de estos sencillos trabajadores y hombres del pueblo, no supone una oportu-

nación de más valor el **belletrismo** del físico sirio Lucas, ni tampoco el prolijo folklorismo judaico del burócrata Mateo, antiguo recaudador de impuestos a beneficio de las autoridades de ocupación romanas.

Por otra parte, conviene no olvidar la algo tardía adscripción de Mateo-Leví al círculo apostólico, ni el hecho de que Marcos-Yojanán cronológicamente el primero de los evangelistas¹, es fidelísimo portavoz de la cabeza de la Iglesia, el rudo, noble y sincero Ximeón Bar Yoná, quien —recuérdese también— tuvo con el discípulo predilecto del Señor, Yojanán Bar Xalón o **Hijo del Trueno**, cuarto evangelista, una íntima amistad de inseparables. Obsérvese, además, que hasta un exégeta tan poco sospechoso de vanguardismo como el P. Bover, S. I., casi presenta excusas en al-

gún pasaje por el **penchant** embarazoso de Mateo a la hipérbole y a lo que un no creyente llamaría legendario²; si se compara el relato de Mateo sobre el retiro y tentaciones del Señor en el desierto con la versión de Marcos, quedará de relieve lo apuntado. (Mt 4.1-11; Mc 1.12-13.)

Pero dejando aparte la elección de autor, no tan afortunada desde un punto de vista historiográfico, lo cierto es que, ya entrando en pura crítica de cine, hay sobrados motivos de queja sencillamente cinematográficos.

Por ejemplo, la música de fondo. Que sean las salvajes gargantas del coro congoleño las que, con un fragmento de la **misaluba**, pretendan evocar la Palestina de Jesús; que en las secuencias de la adoración de los Magos y del bautismo del Señor oiga-

mos a la cantante yanqui Odetta el espiritual negro *Sometimes I feel like a motherless child*; que resuena un latino-negroide *Miserere* en la triunfal entrada de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos; o que unos coros rusos de Prokófiev rechinen contra un fondo ambiental que se pretende sea *semitico*, todo esto no sabemos a qué viene. Frente a Bach, por supuesto, muchos menos reparos; pero, en definitiva, ¿por qué no *n'gunim*, himnos sinagogales? ¿Hay algo más idóneo y más hermoso para ambientar una película sobre la vida del más excelso de los judíos?

En la declamación desconcierta de veras el tono hosco y atisgado con que el Jesús del *film* poco menos que escupe las Bienaventuranzas. Y en relación con las Bienaventuranzas, hay que decir que ahora que se dispone de textos contrastados de la Regla de Qumrán, no hubiera estado mal que Pasolini hubiese aprovechado algún modo de hacer patente al público profano que el odio al enemigo no es un precepto de la fe judía (de hecho, el mandamiento "cristiano" del amor al prójimo no es otra cosa que una ley judaica)³, sino sólo una norma extravagante del puñado de herejes del Mar Muerto, que es a quienes, con la repulsa propia de un judío ortodoxo, se refiere Mateo en su Evangelio⁴. Hay que decir también que, dados los frecuentes parlamentos antifarisaicos, hubiera sido de justicia buscar un medio de que resaltase ante el espectador cómo no todo fariseo había de ser medido por el mismo rasero; así lo dejan ver bien a las claras tanto los *Hechos* apostólicos (Hch 23.6 y 26.5) como algún pasaje de las *Epístolas* paulinas (Fil 3.5) en que el Apóstol de las Gentes, tiempo después de ser ya siervo del Señor, sigue calificándose a sí mismo de fariseo; y adviértase que lo hace con orgullo, como quien reclama, por supuesto no un baldón infamante, sino un título honroso a los ojos de todos.

Aunque esto pueda sorprender a los no especialistas, nada tiene de raro que así fuera, ya que los fariseos, contrariamente a la imagen deforme que de ellos tiene la Cristiandad hoy día, fueron el ala progresista del judaísmo, su sector liberal y de avanzada, que, convertido en movimiento nacional, sembró entre los humildes la semilla fructífera de la ética judaica, difundida después, a través de cristianos y musulines, entre los grandes pueblos de la Tierra⁵.

Fariseo —en hebreo *parush*, o sea *separado*— era quien se apartaba de lo pagano, de lo impuro y pecaminoso; quien perseguía la santidad personal mediante la devoción, y sobre todo mediante el estudio, pues, según reza una máxima farisaica, *mal puede el ignorante ser piadoso*. A la concepción dinámica que de la religión tuvo el fariseísmo corresponde su afán docente y misionero, que si en Judea estableció una escuela hasta en los más miseros y perdidos villorrios de la montaña, fuera de los confines de Israel logró millones de conversos para la fe judaica⁶.

Conviene recordar que sin misioneros fariseos que le hubieran allanado el camino, el fariseo Saulo, convertido ya en Pablo el Apóstol, mal hubiera podido recorrer el Imperio Romano de comunidad farisaica en comunidad farisaica —que tanto da, en la fecha, decir de sinagoga en sinagoga— captando adeptos para la variante de la fe judía que entonces y hasta poco después fue el *nazarenismo*, luego llamado cristianismo. Y que sin los millones de creyentes judaicos logrados fuera de Israel por el fariseísmo, difícilmente hubiera podido extenderse

la fe cristiana como un fuego de pastos por el litoral mediterráneo; desde un punto de vista meramente humano, quizá hasta nuestra Iglesia nunca hubiera pasado de ser una secta abortada en el seno de la tradición judaica, cual sucedió con los esenios, los saduceos o los ebionitas del Ya aqov (Santiago) que el Evangelio llama *hermano* del Señor. A los fariseos debemos, por añadidura, esa síntesis entre cuanto hay de universal en la cultura helénica y la esencia tradicional del judaísmo que, por obra principal del fariseo Saulo, constituye hoy la médula de nuestra propia fe cristiana. Y ya que hemos hablado de los millones de conversos que en tiempos de Jesús había hecho el fariseísmo, advertamos de paso, como antídoto necesario al tópico tenacísimo de la *raza*, que buena parte de dichos conversos no fueron semitas, sino indogermánicos⁷, puesto que *ser judío no ha sido nunca pertenecer a una determinada raza*, sino encontrarse adscrito a una fe religiosa o a la tradición cultural de ella derivada.

Resulta absurdo y lamentable que, por sarcasmo de la Historia, llevemos veinte siglos achacando a los fariseos no pocos yerros que son peculiarmente saduceos. Porque fueron los saduceos, constituyentes del estrato social palestínés más elevado, los que, temiendo que cualquier *aggiornamento* terminase por hacer peligrar sus sinécuras, se aferraron a la letra de la Ley con el más obcecado tradicionalismo⁸; mundanos y carentes de toda fe en la otra vida, procuraron sin reparar mucho en los medios pasar de un modo próspero esta terrena, por lo cual no fue tan infrecuente verlos colaborar en las sucias intrigas de las autoridades de ocupación romanas. Y saduceo fue, recordémoslo de paso, el Sumo Sacerdote y *Gran Inquisidor*⁹ que condenó a Jesús y fue causa directa de su muerte al relajarlo al brazo secular romano.

Corresponde a los fariseos, además, en calidad de movimiento vuelto al pueblo, que actuó entre las clases populares, el mérito admirable de haber dignificado el trabajo manual no con huecas palabras de alabanza, según es uso hoy día, sino del solo modo en que es posible: *practicándolo* juntamente con las actividades intelectuales más elevadas.

Se olvida que durante su niñez y adolescencia Yexua ha-nocri, o el *Nazareno*, hubo de ser alumno de la *yexivá* o escuela farisaica de su aldea, y que, hombre ya, fue impar conocedor de la Ley y la Historia de su estirpe. Pues bien, Yexua el carpintero se inserta, en cuanto obrero y humanista, en la más entrañable tradición de Israel, una tradición que permea el Talmud y resurge pujante en la filosofía del trabajo vivida y formulada por Aarón David Gordon¹⁰ en el *kibutz* de nuestros días. Era obligado que los judíos fuesen los primeros en empezar a verlo así, y hoy no son pocos entre ellos los que colocan a Jesús, su compatriota, en un lugar de honor junto a sabios talmúdicos como el leñador y filólogo Hillel, excelsos precursores¹¹ del Nazareno por la santidad de su vida y por la elevación de su doctrina (para vergüenza nuestra, casi desconocida de los cristianos); o bien como el albañil y severo jurista Xammái; como el San Isidoro del judaísmo, Yojanán ben Zakkái, zapatero y restaurador del Sanhedrin y de la tradición judaica; y también como Yehudá ha-Nasi o el *Príncipe*, panadero y compilador de la *Mixná*; o como el cortador de tiendas, talmudista a su vez (Hch 22.3), Xa'úl ha-Tarsi, entre gentiles conocido como Saulo de Tarso.

Con todo, por supuesto, no hay otra cosa que verdad en la visión que de los fariseos refleja el Evangelio, ya que, en efecto, dondequiera que la persecución de un ideal se institucionalice, y por tanto se "masifique", la hipocresía y la simulación han de surgir más tarde o más temprano, y en no escasa medida sucedió también esto en el fariseísmo: que hubo momento en que llegó a pesar demasiado su ganga humana. De aquí la veracidad parcial —en el sentido de que, aun sin mezcla de falsedad ni error alguno, no agota la verdad toda— del cuadro que nos trazan los evangelistas. Mas como han señalado repetidos autores¹², no son éstos los únicos en censurar los descañados de ciertos fariseos, ya que no menos a las claras ni con menor dureza los denuncia el Talmud, que es obra farisaica.

Pero volviendo a Pasolini y a su cinta, tras este largo excursus impuesto por un mínimo respeto a la justicia histórica, de exteriores y decorados, ¿a qué hablar? No hemos de entrar en que la Palestina de mitad inicial del siglo I, cuando hasta el propio Négev seguía en parte habitado, no tuviese ese aspecto de espantosa desolación que con sus exteriores de *Mezzogiorno* evoca Pasolini; aunque, como es sabido, sólo tras la gran guerra de los judíos y la revuelta de Bar Kojba arrasaron del todo a Israel las legiones romanas (y hasta, con saña judeófoba, cambiaron al país el nombre, dándole éste de ahora, *Tierra de Filisteos* —Palestina—, con que lo conocemos los gentiles). No hemos de censurar, tampoco, la escasa idoneidad de un perdido villorrio calabrés para servir de sucedáneo a la imponente fortaleza mesurada que fue la urbe del Templo. Pero ¿a qué viene la traza lastimosamente gótica de esos destartados interiores por donde pasea Herodes o se reúne el Gran Sinedrion?

Y en otro aspecto, ¿qué decir de las posibilidades cinematográficas tan evidentes que brinda el texto original y que el guión, con arbitrariedad inexplicable, desperdicia o suprime?

Piénsese, por ejemplo, en la unción por María de Betania. ¿No afirma el Evangelio (Mt 26.7) que la mujer "derramó sobre la cabeza de Jesús" el costoso perfume contenido en "un frasco de alabastro"? ¿A qué, pues, un cacharro de metal, y esa morosa y tímida digitación sobre el cabello del principal protagonista? Por cierto que el tal cabello, y en general el de los figurantes masculinos, no corresponde en lo más mínimo a la bien peinada melena hasta el hombro que, raya en medio y en unión de una barba crecida, era obligada en los judíos ortodoxos de la época para diferenciarse de los *asimilados*, brevitonsos y barbilampiños, que habitaban las urbes helénicas del territorio¹³.

¿Y qué decir de la Crucifixión? Lo que presenta Pasolini es una ejecución convencional, *fotogénica*, y *limpia*; muy otra fue la espantosa y cruenta realidad: una agonía de horas y aun jornadas (Jesús murió mucho más pronto de lo que hubiera sido de esperar en tal tormento) en que los condenados, indefensos, en carne viva rostro, torso y brazos tras la bárbara y previa flagelación reglamentaria, servían de pasto a insectos y aves carroñeras, o iban extenuándose de dolor y de sed hasta que algún soldado compasivo se dignaba acortar su sufrimiento quebrándoles las piernas de un mazazo o rematándolos de una lanzada bajo la axila.

Hay además, precisamente en relación

(Continúa en pág. 8)

CRISTO... (de pág. 7)

con la Crucifixión, cambios del guionista frente al Evangelio que inciden ya en el campo de lo incomprensible. No entra en cabeza humana, por ejemplo, que un soldado de Roma sea quien reconozca, como si fuera un talmudista, que el "Eli, Eli..." del Nazareno en la cruz es el comienzo de un salmo pasional (Sal 22) que a la vez constituye un desafiante himno judaico (Sal 22.17, 23 y 24). Porque, en efecto, ante la Inquisición¹⁴ del Sanhedrín, que ha destacado sus testigos al Calvario, el condenado por blasfemo e impostor proclama en alta voz con este salmo su negativa a retractarse, rechaza las acusaciones de herejía y confirma que muere inocente en la fe de sus mayores. Por eso los testigos sinédritas —no, en modo alguno, los soldados romanos— quieren disimular la para ellos sacrilega contumacia del crucificado pretendiendo entender que éste, en las bascas de la muerte, delira y llama a Elías el profeta (Mt 27.46). Y aún hay más: como indómito y duro galileo (los galileos, rebeldes indomables, fueron los cántabros de Israel), Jesús advierte con denuedo a los romanos que su poder tiene los días contados y es perecedero (Sal 22.28-31).¹⁵

De seguro, al rodar las escenas en torno a Salomé (Mt 14.6-11) quiso rehuirse en este film todo exhibicionismo escabroso, y la intención es meritoria. Pero si Salomé fue una incitante beldad árabe, y lo que ejecutó ante el rey Herodes fue una lasciva *danse du ventre*¹⁶, ¿a qué la colegiala virginal que exhibe Pasolini en lo que casi nos parece función de *fin de curso* ante la reverenda madre superiora?

Con esto entramos ya de lleno en lo más grave: la *physique du rôle* o falta de ella en la cinta un diablo —un pobre diablo— que, de modo azorante, parece traicionar esta quiebra tan grave como ingenua en la fe de las masas actuales: que, confundiendo la metafísica con la teratología pictórica, no creen ya, en verdad en algo en sí tan fácil de aceptar, y etiológicamente tan casi imprescindible, como es la presencia actuante en el mundo de un principio —o de un Príncipe— del Mal. En cuanto al ángel, no entiendo por qué lo representa una garrida moza pelirroja cuyo timbre de voz, como le corresponde, es inequívocamente femenino. Claro que tampoco comprendo por qué cierto individuo fofo y femenino ha de encarnar a un Herodes el Grande, despota beduino, fiero lañador de reinos, al cual habría que imaginar como una mezcla entre Ibn Sa'úd I y el ruso Pedro el Grande. (Sobre la adivinanza cinematográfica que supone en el film la muerte de este Herodes, más valdrá que corramos piadosamente un velo de silencio.)

La exaltación y el arretrato de Juan el Bautista no resultan bastantes si se lo recuerda como lo que fue: un fervido alucinado. No hay, tampoco, razón para que a un distinguido astrólogo o rey mago lo represente un tosco personaje que parece un pastor o un labriego del Mediodía italiano. Y en general, la falta en actores y en extras de gestos y expresiones auténticamente orientales termina por desazonar a todo espectador medianamente alerta.

De los Apóstoles, sabido es que los más de ellos fueron hombres de brega, *'ammé ha-áreç*: rudos trabajadores manuales. Pero aun habiendo sido todos, que no lo fueron, humildes campesinos o simples pescadores, ¿no habrían de hablar sus rostros del

paroxismo escatológico, del éxtasis mesiánico con que seguían al Señor, esperando ver de un momento a otro cómo estallaba en llamas el Universo y cómo, de sus ruinas, surgía esplendoroso el Reino de los Cielos?

¿Y esa enojosa colección de narices pseudo-judías entre los sinédritas, que parecen sacados de cualquier Juan de Juanes? ¿No sabe Pasolini que la *nariz judía* no la tienen ni un treinta por ciento de los judíos¹⁷, que es un rasgo probablemente hitita¹⁸, que no hay *raza judía* —por la misma razón por la cual no la hay católica o budista— y que la judería palestina no tenía en aquel siglo tal aspecto?¹⁹

Pero es claro que no, puesto que a los escribas y doctores, personajes seguros de sí mismos, de formidable erudición y habilidad dialéctica temible —cuyo trasunto habría que buscar en la Curia Romana medieval o del Renacimiento— los pinta como yertos mascarones, mera soporte de gorros estrambóticos. ¿Dónde están la soberbia y señorío, dónde la prestancia y la altivez de un sumo sacerdote y sus secuaces? ¿Dónde, cambiando de sector, la precisión de movimientos, el gesto duro, el ademán marcial, el correcto, impecable uniforme de la *Wehrmacht* romana?

Hablemos, finalmente, de Jesús. Se ha pretendido, al parecer, y es encomiable que se haya intentado, evocar un Jesús más allá de los tópicos; se deseaba, por lo que se ve, presentar al Jesús más auténtico y grande: el de la Historia. Andan erradas, pues, las buenas gentes que han echado de menos al Jesús manso, a ese dulce Jesús de las beatas. El Jesús de la Historia fue distinto: fue un enérgico y recio galileo, firme hasta parecer arisco algunas veces (Mt 12.46-49 y 15.22-26; J 2.3-4), capaz de despreciar públicamente a un rey y de llamarlo *zorra* (Lc 13.22), como de subrañar bien a las claras la criminal arbitrariedad de los poderes constituidos (Mc 9.13) o de purificar el Templo a zurriagazos (Jn 2.15). Sabemos que ante las muchedumbres, como ante los escribas sutiles y ante los sacerdotes enreñados, sus frases restallaban y relampagueaban, doblegaban y herían las conciencias como si fueran la tralla de un látigo. Sabemos que se imponía a las masas con un gesto; que con una palabra dicha al paso arrancaba de su azacanamiento cotidiano a hombres vulgares, y que les infundía tal empuje que, transfigurados, el resto de su vida pasaba a ser cruzada, predicación, martirio. Sabemos que la sobrenatural transparencia en él por sus milagros, por el imperio con que dominaba las borrascas, sanaba a los enfermos, y mandaba en la muerte.

Con todo esto yo pregunto: ¿puede un mozo cualquiera, un mediocre actor de mirar desvaído y gesto agrio sugerir ni de lejos la majestad del Jesús de la Historia?

Y con ello llegamos a la raíz del caso. Porque lo que esta cinta quiere presentarnos es un tremendo momento estelar, un punto decisivo de inflexión en la Historia; pero no lo consigue. La época yeshuánica fue en Israel un tiempo de paroxismo escatológico; el film de Pasolini no es sino inerte recepción de una torpe versión de aquel momento. Igual que casi nada puede colegirse por el difuso texto de Mateo, nadie sospecharía en esta cinta el volcán de odio y de esperanza que fue el tiempo convulso de Jesús, en que la judería palestina, sometida a una dura opresión por los soldados del Reich romano, aguardaba de un día a otro el surgimiento de un Redentor

guerrero, de un Mesías —*maxiaj*, el mahdí de los árabes²⁰— que viniese a traerle libertad y venganza. En parte alguna de este film se ve el menor indicio del recelo enconado, de la homicida hostilidad entre romanos y judíos; por ningún lado llega un eco de las feroces rebeliones a que se lanzan una vez y otra los galileos en sus montañas, ni tampoco de los audaces atentados con que los *sicarios* cobran venganza y hacen escarmiento en invasores y colaboracionistas, entre la muchedumbre de las villas. No distinguimos claramente a los policías del Templo, perros de presa prestos a acollimar a cualquiera que indiquen sus amos, los poderosos saduceos, *quislings* de los romanos. Nada, por último, sabemos de los cientos y miles de patriotas clavados en la cruz por los invasores, ni de las ciudades pasadas a cuchillo por las legiones como represalia contra los activistas de la Resistencia judía²¹.

En resumen, no es grato señalarlo, pero en esta película muy poco o casi nada es lo que se salva, ya que con sus encuadres rebuscados, y con los atavíos, actitudes, y tipos de sus personajes, sacados de una serie de *primitivos* flamencos e italianos, Pasolini, que en algún otro aspecto parece perseguir una fallida sobriedad realista, cae en un enfermizo esteticismo radicalmente fuera de lugar en tema de tal tensión dramática, y que por otra parte lleva veinte siglos aguardando a que se haga sobre él Historia.

NOTAS

- 1 Kurt Schubert: *El problema del Jesús histórico*. Conferencia pronunciada en la Cámara Oficial de Comercio de Madrid el 2-III-65 (texto hectográfico), pág. 6.
- 2 José María Bover-Francisco Cantera Burgos: *Sagrada Biblia*, BAC, Madrid, 1961 (6ª edición), nota a Mt 27.45, pág. 1184, especialmente su segunda parte.
- 3 Lv 19.18 y 34; Ex 12.49 y 23.4-5; Dt 10.19; Pr 20.22 y 25.21, por no añadir las correspondientes aclaraciones *pre-yeshuánicas*, tan abundantes como inequívocas, que recoge el Talmud.
- 4 Ethelbert Stauffer: *Die Botschaft Jesu, damals und heute*, Francke Verlag A.G., Berna-Munich, 1959, pág. 128.
- 5 Ernst Ludwig Ehrlich: *Geschichte Israels*. Walter de Gruyter & Co. Berlin, 1958, págs. 1115 y sigs.
- 6 James Parkes: *The Foundations of Judaism and Christianity*. Valentine, Mitchell & Co. Londres, 1960, pág. 103.
- 7 B. J. Bamberger: *Proselytism in the Talmudic Period*. Hebrew Union College Press. Nueva York, 1939, cap. II.
- 8 Ehrlich —vid. (5)—, pág. 116.
- 9 Caifás, título y no nombre, significa literalmente *Inquisidor*; vid. Ethelbert Stauffer: *Jerusalem und Rom im Zeitalter Jesu Christi* (4), 1957, pág. 67; Kurt Schubert: *Die Juden und die Römer*, en Eckert-Ehrlich: *Judenhass, Schuld der Christen*. Verlag Hans Driewer. Essen, 1965, pág. 106.
- 10 Yitziaq Harkavi: *Aarón David Gordon: la cosmovisión del trabajo, en Utopismo realista*. Acervo Cultural-Editores. Buenos Aires, 1963.
- 11 Ehrlich (vid. (5)—, págs. 135 s., 143 s.
- 12 Ehrlich (vid. (5)—, pág. 116, nota al pie.
- 13 Ethelbert Stauffer: *Jesus, Gestalt und Geschichte*, vid. (4), 1957, pág. 54.
- 14 Sobre la existencia y procedimientos de esta Inquisición —en sentido absolutamente propio— consúltese la documentación que aporta Stauffer —vid. (13)—, págs. 102-103, 106; vid. también (9).
- 15 Bover —vid. (2)—, nota a Mt 27.46, pág. 1184, última parte; también nota a Sal 21.2, pág. 613.
- 16 Stauffer —vid. (9)—, págs. 95-97.
- 17 Uriel Weinreich: *College Yiddish, an Introduction to the Yiddish Language and to Jewish Life and Culture*. YIVO Institute for Jewish Research. Nueva York, 1960 (3ª edición) pág. 216.
- 18 Parkes —vid. (6)—, pág. 44.
- 19 Stauffer —vid. (13)—, pág. 53.
- 20 Kurt Schubert: *Vom Messias zum Christus*. Herder, Viena-Friburgo-Basilea, 1964, págs. 32; *Die Juden und die Römer* —vid. (9)—, pág. 109; Stauffer —vid. (9)—, págs. 58, 59.
- 21 Stauffer —vid. (9)—, págs. 5-8; vid. (13), págs. 44-47 y 90-91.



ARTHUR MILLER

CON RESPETO A SU AGONÍA... Y CON AMOR

No soy lo suficientemente ingenuo como para haber imaginado que *After the Fall* (Después de la caída) sería recibida como cualquier otra pieza teatral y evaluada como tal, pero resulta sorprendente comprobar hasta qué punto personas generalmente muy lúcidas se dejan abrumar por el hecho obvio de que ciertos elementos de la vida del autor forman parte de la obra que éste escribe. El personaje de Maggie, que en gran medida parece provocar la agitación, no es en realidad Marilyn Monroe. Maggie es un personaje en una pieza teatral sobre la renuencia o incapacidad del animal humano para descubrir en sí mismo las semillas de su propia destrucción. Maggie está en la obra porque ella ejemplifica de la manera más perfecta la autodestrucción que se produce cuando uno se ve a sí mismo como pura víctima. Y ejemplifica este punto de vista de la manera más perfecta debido a que ella se acercó mucho a ser una pura víctima: de sus padres, de un código sexual puritano y de los que la explotaban como artista.

El personaje de Maggie es tratado evidentemente no sólo con respeto hacia su agonía, sino con amor. ¿Es de imaginar que alguien llegue a suicidarse sin que en su interior se hayan desencadenado inmensas fuerzas destructivas; que lo haga pulcra, graciosamente, sin el horror que entraña un acto tan espantoso?

Más concretamente —y me atrevo a decir esto sólo porque se me ha acusado de crueldad hacia la memoria de Marilyn Monroe—, en muchos casos son precisamente aquéllos que se burlaron de sus ambiciones, y en algunos casos aquéllos que fueron francamente perversos con ella, tanto personalmente como en sus juicios escritos, los que ahora gritan de indignación al relacionar con Marilyn los sufrimientos de Maggie. La hipocresía que la confundió y finalmente la enfureció durante su vida parece seguirle los pasos después de muerta.

Ciertamente, uno de los más divertidos pasatiempos menores de la vida literaria es el juego de "encuentre al autor". Tolstoi, apenas disimulado detrás de Pierre, en *La guerra y la paz*; Fitzgerald, detrás de Dick Diver; Hemingway, detrás de todos sus héroes; Goethe, detrás del doctor Fausto. Una vez que se "descubre" la identidad del autor, un cierto contrabando de conocimientos se difunde por el alma del lector, tal como si él hubiera podido frustrar el truco de hacerlo creer que la obra en cuestión es arte y no una biografía disfrazada.

Es como si la ficción, sea pieza teatral o novela, debiera surgir del aire más tenue para no perder su derecho a una categoría estética. El hecho es que identificar al artista en su obra, aunque interesante a veces como chisme, no tiene que ver en absoluto con el valor de la obra, que depende, o debe depender, de su aplicación general a otros hombres. A pesar de la imagen romántica del artista que crea mundos extraños ajenos a su vida, el valor humano de una obra de arte radica precisamente en su habilidad singular para hacer compartir una experiencia que de otro modo permanecería en la sombra. El arte es testimonio o comienza a descender a mero artificio y entretenimiento de moda. A este juego de la identificación se entregan siempre, en mi opinión, aquellos que no quieren, o no pueden, enfrentarse con la significación objetiva de la obra dada. Es una forma de reducir un libro o una pieza teatral a simple publicidad.

Cuando hablo de arte como testimonio es simplemente para devolverle su función original como visión de la vida y que no sea un confort espurio. Creo que *After the Fall* es la expresión dramática de un proceso oculto que subraya la destrucción que pende sobre esta época. El hecho de que elementos de mi vida hayan recibido publicidad hasta el punto de que, en algunos mentes, la ficción y la forma parecen haber sido sustituidos por el reportaje, no podía impedirme que utilizara mi propia evidencia, tal como si mi vida fuera desconocida. Tarde o temprano llegará el momento —no sé cuándo, pero llegará, como ha llegado para otras obras mías— en que la identificación extra-dramática de temas y personas en esa pieza no tendrá importancia.

Sólo deseo decir ahora que, a pesar de las apariencias, esta pieza no es más ni menos autobiográfica que *Todos eran mis hijos*, *La muerte de un viajante* o *Panorama desde el puente*. Nunca he conocido, por ejemplo, a nadie que se suicidara como resultado de la acción de un comité congressional, pero desastres han ocurrido en mi época; y un suicidio de esta clase aparece en la pieza, no porque yo apareciera ante un comité investigador, sino porque, en la estructura temática de esta pieza, ese suicidio expone la incapacidad de un hombre para vivir con la mezcla de lo bueno y lo malo que hay en su naturaleza. Del mismo modo, los otros personajes de *After the Fall* son creados, no "reportados", porque este tema crea sus personajes y sus destinos, tanto como ellos, a su vez, crean el tema.

Finalmente, lo que ha sido llamado la absolución de Quentin no aparece en esta obra. En realidad, uno de los fundamentos de la pieza es que no hay, y verdaderamente no puede haber, una evasión de la culpa. Pero puede haber —y para que la vida sea vida tiene que haberlo— un reconocimiento de la parte individual en el mal que se ve; en vez de asimilarlo, hay quienes prefieren virarlo al revés e interpretan a Quentin como alguien que trata de justificarse, cuando en realidad está tratando de descubrir su propia responsabilidad, y la descubre. Evidentemente, esta idea resulta tan poco familiar para muchos, que consideran la pieza como una apología. La pieza no es una apología ni una acusación contra otros; simple, abierta y claramente es una declaración de compromiso con nuestras propias acciones. En realidad, el impulso de Quentin a sentir de alguna forma concreta su propia responsabilidad con su vida y su persona se extiende hasta el punto de atribuirse culpa incluso por lo que él no hizo.

Todo esto me recuerda la santa indignación que provocó *Eichmann en Jerusalem*, el discutido libro de Hannah Arendt. Me pareció, al leerlo, que ella estaba tratando de destacar algo espectacularmente simple y evidente. Esto es, que la verdad significativa sobre Eichmann era no que él fuera un monstruo, sino que, para ejercitar su monstruosidad —para poder asesinar— él tuvo que recibir la autorización moral de otros. Al tratar de probar su tesis, la autora extendió esta autorización incluso a los judíos y a los bien intencionados gentiles que, a pesar de todo, no hacían una oposición activa y total a la barbarie... Pero la sugestión de que "nosotros" podríamos, incluso de una forma lejana, tener alguna responsabilidad por aquello que aborrecemos fue virada al revés por alguna gente, de modo que se convirtió a miss Arendt en una apologista de Eichmann.

(Continúa en pág. 14)

EL NEGRO:

NORMAN
PODHORETZMI PROBLEMA,
NUESTRO PROBLEMA

Norman Podhoretz ("para mí la literatura no es un fin en sí misma, es que yo la miro como una forma de discurso público que triunfa o fracasa en su intento de iluminar el terreno común sobre el que vivimos") es un testigo actual de los EE.UU., tanto en su faz crítica como en la político-sociológica; tiene 35 años y es "partidario de la Ilustración". Cree su deber analizar el derrumbe de valores que signa la vida norteamericana y lo hace con sincera intensidad. Podhoretz marca a fuego la desilusión y la desconfianza que dan marco a ese derrumbe: los alarmantes brotes irracionistas, la postguerra, la beat generation, la delincuencia juvenil o la discriminación racial. Podhoretz logra sus mejores páginas al atacar este fenómeno, asumiendo sin vacilar la "tímida" actitud del que confiesa que "cada vez que oigo a alguien hablar de instinto y de los secretos de la energía humana, me pongo nervioso", subrayando la relación entre esas tendencias y las ideolo-

gías o insistiendo en que la única manera de vencer el prejuicio racial es una voluntaria elección intelectual. Podhoretz no da respuestas absolutas a los angustiosos interrogantes que plantea y puede estar o no de acuerdo con sus enfoques. Lo que es innegable es que su presencia en la actual literatura norteamericana marca un nuevo derrotero a la crítica y el análisis de gravísimos problemas que afectan la vida interna de su país y, por su dolorosa realidad golpean en todas las puertas del mundo. Naturalmente, TIEMPOS MODERNOS no comparte varias de las opiniones de Podhoretz.

Su apasionado y confesional estilo polémico merece, quizá, muchos reparos y el señalamiento de algunas inexactitudes. No obstante, nos parece que este ensayo puede iniciar —así lo esperamos— una serie de artículos sobre el particular, con la opinión de diversas figuras del campo político, científico y psicológico.

Si nosotros y... Me refiero a los blancos y a los negros relativamente conscientes, que deben, como amantes, insistir sobre la conciencia de los otros... si ahora no vacilamos en nuestra tarea, podremos ser capaces, aun siendo un puñado, de terminar con la pesadilla racial y conquistar nuestro país y transformar la historia del mundo.

JAMES BALDWIN

Durante mi niñez (que transcurrió en los años 30, en lo que hoy llamaríamos un vecindario integrado de Brooklyn), dos ideas me confundían profundamente. Una de ellas era que todos los judíos eran ricos; la otra que a todos los negros se les perseguía. Estas nociones habían aparecido en letra de imprenta; por tanto, debían ser verdaderas. Mi propia experiencia y la evidencia de mis sentidos, me informaban de su falsedad, aunque por otra parte me confirmaron lo que un muchacho iluso de las provincias —porque los barrios de las clases bajas neoyorquinas pertenecen tan de seguro a las provincias como cualquier poblado rural de Dakota del Norte— descubre muy pronto: su experiencia es irreal y no es muy de fiar la evidencia de sus sentidos. Sin embargo, incluso un muchacho con una cabeza habitada por fantasías que provienen de una síntesis incongruente de películas de Hollywood y novelas inglesas, no puede desmentir por completo la realidad de su propia experiencia, sobre todo cuando esa experiencia padece tantas privaciones. Ni puede contradecir en forma total la evidencia de sus propios sentidos, especialmente cuando esa evidencia ha surgido de la repetición de los golpes y de los robos y del odio y de verse reducida al terror y a la humillación.

Por eso, durante largo tiempo acepté la doble confusión de suponer que los judíos eran ricos aun cuando los únicos que yo conocía eran muy pobres y de pensar que los negros eran perseguidos, aun siendo ellos quienes practicaban la única persecución de que yo tenía noticia, y la practicaban, más aún, **conmigo**. Recuerdo mi asombro en los primeros años de la guerra al oír a mi hermana mayor —quien había ingresado en una organización juvenil de extrema izquierda— denunciar con pasión la tesis de mi padre de que los judíos eran peores que los negros. A mí, a los doce años de edad, me parecía muy claro que los negros eran mejores que los judíos, en rigor mejores que **todos** los blancos. En tres o cuatro conceptos cerrados está contenido el mundo de un muchacho de la ciudad y en mi mundo eran los blancos, los italianos y los judíos quienes temían a los negros y no a la inversa. Los negros eran más resistentes, más despiadados que nosotros y por regla general, atletas superiores. ¿Qué podía significar entonces el hablar de su deplorable estado y de nuestra mayor fortuna? Con todo, como la imprenta, las opiniones de mi hermana eran sagradas y le creí cuando me informó de las fuerzas





económicas y de la explotación. Le creí, pero aún temía y odiaba de todo corazón a los negros.

Pero, como lo afirman los primeros recuerdos de mi infancia, no siempre había sido así. ¿Cuándo se iniciaron este miedo y este odio? En el jardín de infantes de la escuela pública local, por la conformación del vecindario, al menos la mitad de los niños deben de haber sido negros. Y sin embargo, no recuerdo haber tenido a esa edad conciencia de las barreras de color y observo que mis propios hijos no le atribuyen ninguna significación a tales diferencias, incluso ahora que empiezan a advertirlas. Pienso que hubo un día —¿primer año?, ¿segundo año?— en que Carl, mi mejor amigo, me golpeó cuando regresábamos de la escuela y me dijo que ya nunca jugaría conmigo, porque yo había matado a Jesús. Corrí a casa y llorando le pedí a mi madre una explicación; ella me suplicó que no le prestara ninguna atención a semejantes tonterías, y entonces en yiddish me dijo a los *goyim* y a los *schwartzes*, los *schwartzes* y los *goyim*. Se reveló que Carl era un *schwartz* y así se añadió una tercera categoría a las que dividían misteriosamente a las personas.

A veces me pregunto si este recuerdo es verdadero. Posee una viveza llamante, pero quizá nunca ocurrió: ¿Se puede en realidad volver a los seis años de edad? Con todo, sobre las épocas que siguieron no me aflige ninguna incertidumbre. A duras penas nos hablábamos Carl y yo, aunque nos encontrábamos a diario en la escuela y aunque fuimos compañeros hasta el octavo o noveno grado. Habría momentos embarazosos al advertir él mi mirada o al capturar yo la suya, porque sea lo que fuese aquello que motivó nuestra mutua atracción cuando pequeños, permaneció vivo a pesar de la fantástica muralla de hostilidad que, de repente y como surgiendo de ninguna parte, se había levantado entre nosotros. Pero ya la amistad era imposible e incluso de ser posible, habría sido inconcebible. A ese respecto, no había ya nada que se pudiese hacer cuando teníamos ocho años de edad.

Item: Al derribarse el orfanato que está al otro lado de la calle, un almacén se empieza a edificar en su lugar y en el maravilloso lote vacío junto al orfanato se está construyendo un campo deportivo. A medida

que se acerca el día de la inauguración la gente se anticipa y se excita. El alcalde La Guardia en persona, viene a dedicar este gran gesto de benevolencia pública. Habla del sentido de buena vecindad y de pedir prestadas tazas de azúcar y dice que en el campo deportivo niños de todas las razas, colores y credos aprenderán a convivir en armonía. Una semana después, algunos de nosotros estamos jugando informalmente en el inadecuado pequeño campo de béisbol. Por el otro extremo, hace su aparición una pandilla de muchachos negros, casi todos de nuestra edad, quienes nos ordenan abandonar el parque. Con orgullo, con indignación, con soberbio fervor masculino, nos rehusamos. Se produce una pelea, ellos ganan y nos retiramos entre sollozos y desafíos. Es mi primera nauseabunda experiencia de la cobardía. Y mi primera comprobación asombrosa de que hay en el mundo quienes parecen no tenerle miedo a nada, quienes actúan como si no tuvieran nada que perder. De allí en adelante, el campo deportivo se convierte en el sitio de la batalla, algunas veces silenciosa, otras el escenario de competencias atléticas entre Ellos y Nosotros. Aunque las piedras se arrojan con tanta frecuencia como las pelotas. En forma gradual abandonamos el lugar y lo reemplazamos con las calles: son más seguras, aunque no lo admitamos en nuestro fuero interno. Después de todo, no somos "mariquitas" (*sissies*), el epíteto más espantoso de una niñez norteamericana.

Item: Estoy sentado solo, frente al edificio donde vivo. Ya es tarde y está oscureciendo. Ese día en la escuela el maestro le preguntó a un insolente muchacho negro llamado Quentin algo que éste fue incapaz de responder. Como de costumbre, yo había alzado mi mano con diligencia ("¡Sé un buen niño, consigue buenas calificaciones, muéstrate astuto, asiste a la Universidad, recíbete de doctor!") y al hacer explosión en mis labios la respuesta adecuada, el profesor me señaló amorosamente como un ejemplo para la clase. Vi endurecerse el rostro de Quentin —un rostro de conformación muy oriental, muy oscuro, muy cruel— y vi en sus ojos la amenaza suficiente para hacerme correr todo el viaje de regreso a casa por miedo a que él me pudiera atrapar.

Ahora, sentado ociosamente frente a mi propia casa, lo miro aproximarse acompañado por su hermano pequeño, quien lleva un bate y que enseña una mueca de maliciosa expectación. Me siento atrapado como en una pandilla. Los alrededores son seguros y familiares pero el terror se presenta de súbito y no hay nadie a mi lado para auxiliarme. Estoy como encadenado. No gritaré o escaparé como un mariquita y allí permaneceré con el corazón que palpita salvajemente y la garganta obstruida. El se acercará, proferirá la exclamación habitual ("¡Oye, judío hijo de...!") y para mi sorpresa solamente me empujará. Es un empujón violento pero no un puñetazo. Es posible que todavía pueda echarme para atrás sin perder mi dignidad por entero. Es posible que pueda decir: "Oye Quentin, vamos, por qué tenemos que *hacer eso*. Yo no te hice nada", y alejarme con la suficiente lentitud. En vez de eso, antes de que me pueda detener, lo empujo como gesto de prueba y afirmo: "Termina con esto. No quiero pelear. No haré nada por que peleemos". Mientras doy vuelta para entrar al edificio, apreso con el rabillo del ojo el movimiento del bate que le ha cedido su hermano pequeño. Intento evitar el golpe,

pero el bate hace surgir en mi cabeza luces multicolores.

Cuando vuelvo en mí, se encuentran a mi lado, histéricas, mi madre y mi hermana. Mi hermana —quien después iba a incorporarse a la organización juvenil progresista— grita en demanda de la policía y aúlla imprecaciones contra esos negros bastardos, sucios y pequeños. Me conducen hasta mi cuarto, viene el doctor, viene la policía. Les digo que el muchacho que me atacó era un extraño y que había intentado robarme. No me creen, pero estoy demasiado asustado para darles el nombre de Quentin. Al regresar unos días después a la escuela, Quentin evita mi mirada. Sabe que no lo he delatado y siente vergüenza. Deseo mostrarme orgulloso, pero sé en mi corazón que a mi silencio lo impulsó no el código de la calle, sino el miedo a lo que sus amigos pudieran hacerme.

Item: Hay un encuentro atlético en donde participan todos los alumnos de mi escuela. Yo estoy en una de las clases experimentales del séptimo grado, y ahora la "segregación" se ha instalado vengativamente. En los últimos tres o cuatro años de la escuela primaria, cada grado se había dividido en tres clases de acuerdo con la "inteligencia". (En los primeros años las divisiones fueron o bien arbitrarias o bien nosotros no las reconocíamos como teniendo que ver con la capacidad mental.) Estas divisiones, producto de pruebas de inteligencia o arregladas según el capricho, han concluido con un predominio de los judíos en la primera clase y un correspondiente predominio de los negros en la tercera clase, con los italianos divididos en forma desigual a lo largo de la escala. Unos cuantos negros por lo menos han participado siempre en la primera clase, como también han estado unos cuantos niños judíos en la tercera clase y algunos más en la segunda (donde dominan los italianos). Pero en mi clase, de "avance rápido", como la califican, los judíos se encuentran en abrumadora mayoría, y todos somos blancos, salvo una tímida y solitaria niña negra de piel clara y cabello rojizo.

El encuentro atlético se efectúa en un estadio oficial lejos de la escuela. Es un acontecimiento importante al cual se consagra todo un día. Los ganadores obtendrán esas preciosas medallitas con un sello —el emblema de Nueva York— que se puede atornillar al cinturón y que señala a quien lo porta como un personaje distinguido. Soy un corredor veloz y así se me designa como el encargado del relevo final en la carrera de equipos. Participan otros tres grupos del séptimo grado, dos de ellos integrados sólo por negros, como el nuestro únicamente es de blancos. Uno de los equipos negros es de muchachos muy altos: el del relevo final que espera silencioso en la línea parece mayor que yo y no lo reconozco. Es el primero en tomar la estafeta y cruza caminando la línea final. Nuestro equipo llega en segundo término, pero minutos después se nos declara vencedores, porque se ha descubierto que el encargado del último relevo en el equipo vencedor, no es un miembro de la clase. Se nos premia con las medallas y al día siguiente nuestra maestra pronuncia un discurso y nos informa de cuán orgullosa se siente de nosotros, porque somos atletas superiores en la misma medida en que somos estudiantes superiores. Queremos pensar que el elogio

(Continúa en pág. 12)

EL NEGRO (de pág. 11)

es merecido, pero sabemos que no podríamos haber ganado de no hacer trampa el otro equipo.

Esa tarde, en el camino hacia mi casa, cinco jóvenes negros me acechan y rodean. Uno de ellos es mi contrincante del grupo descalificado. Gruñe: "Dame mi medalla, judío hijo de...". No la tengo conmigo y se lo digo. "De cualquier modo no es tuya", advierto lentamente. Me llama mentiroso por partida doble y me arroja contra la pared en donde jugamos pelota a veces. "Dame mi medalla, judío hijo de...", repite. Le vuelvo a decir que la dejó en casa. "Registremos a este pequeño judío hijo de...", sugiere uno de ellos. "Probablemente la tenga escondida en sus pantalones de judío hijo de...". Ya no puedo dominar mi pánico (cuántas veces había sido rodeado como ahora y se me había dicho en tonos suaves: "préstame un níquel, muchacho"). Cuántas veces se me había llamado mentiroso por alegar pobreza y se me había empujado o registrado o golpeado a menos que hubiera en la pandilla de merodeadores alguno como Carl que, a través de la enorme división del odio, simpatizaba conmigo y que podría decir por lo tanto: "Ah, vamos, busquemos algún otro; este muchacho no trae dinero consigo". Les grito enturbado por lágrimas de rabia y autoconmiseración: "Alejen de mí sus sucias asquerosas perras manos negras. Les juro que llamaré a la policía". Eso es lo que necesitaban oír para abalanzarse. Me golpean profusamente, sobre todo en el estómago y en los brazos y en los hombros, y cuando varios hombres que haraganeaban por la confitería calle abajo advierten lo que sucede y empiezan a gritar, ellos corren y se dispersan.

No les conté a mis padres lo sucedido. Mis compañeros de equipo también fueron asaltados, cada uno por una pandilla a la que guiaba su competidor en el equipo descalificado. A ellos sí les arrebataron sus medallas pero tampoco se quejaron. Durante varios días caminé hacia mi casa con terror, esperando ser capturado de nuevo, pero nada ocurrió. La medalla fue escondida en una gaveta y nunca más se la usó con orgullo.

Como es obvio, experiencias semejantes siempre han sido un rasgo distintivo de la vida de la niñez en las clases trabajadoras y en los barrios de inmigrantes, y los negros no figuran en ellas por necesidad. Como sea y en las combinaciones que sean, niños de grupos diferentes que viven juntos en las ciudades, han estado en guerra, han golpeado y han sido golpeados, irlandeses contra judíos, contra alemanes, contra portorriqueños, contra polacos. Y aun en áreas relativamente homogéneas el pleito de los jóvenes se ha mantenido: una calle contra otra, una pandilla (llamada en mi época, en un esfuerzo patético de gentileza, un CAS o Club Atlético Social) contra otra. Pero el conflicto entre negros y blancos tuvo —y sin duda aún tiene— una intensidad especial y la ferocidad con que se le condujo no tiene parangón con las batallas intramuros de los blancos.

En mi propio barrio existía una fuerte animosidad entre los muchachos italianos (la mayoría de padres sicilianos) y los judíos (que provenían de familias de Europa Oriental). Sin embargo todos tenían amigos, en ocasiones amigos íntimos, en el otro "campo" y con frecuencia se producían vi-

sitas recíprocas en esas casas de olor extraño, o por comida o por vasos de leche o, algunas veces, por un acontecimiento especial como una boda o un velorio. Si nos dividíamos en facciones guerrilleras y peleábamos, sólo la mitad de nuestro corazón se empeñaba en la lucha y pronto remediábamos las discrepancias. Para ser exactos, nuestros padres nada tenían que ver unos con otros y se eran mutuamente hostiles y sospechosos. Pero nosotros, los muchachos que hablábamos en nuestras casas yiddish o italiano, pertenecíamos a los Estados Unidos o a Nueva York o a Brooklyn, compartíamos una cultura, la cultura de la calle, que, al menos por un momento, demostró ser más poderosa que las culturas antagónicas del hogar.

¿Por qué, por qué había sido todo tan diferente entre los negros y nosotros? ¿Cómo surgió tan temprano entre nosotros, fuésemos blancos o negros, la certeza de que éramos enemigos más allá de cualquier posible reconciliación? ¿Por qué nos odiábamos así?

Supongo que de intentarlo, podría responder a esas interrogantes en forma más o menos adecuada y con la perspectiva de lo que he aprendido desde entonces. Podría escribir sobre James Baldwin —¿qué mejor testigo se conoce?—, describir la sensación de entrapamiento que envenena el alma del negro y que se manifiesta en odio hacia el blanco, a quien sabe su carcelero. Por otro lado, si quisiera entender cuánto odia el blanco al negro, podría invocar a los psicólogos que han hablado de la culpa que los norteamericanos blancos experimentan frente a los negros y que se transforma en odio por la negativa de reconocerse ellos mismos como culpables. Hay respuestas plausibles que ciertamente contienen parte de la verdad. Sin embargo, cuando evoco mi propia experiencia del problema negro y considero cuál puede ser la experiencia que de mí tengan los negros, me aflijo y me confundo, como cuando creía de niño que todos los judíos eran ricos y que a todos los negros se les perseguía. ¿Cómo podían los negros en mi vecindario haber considerado como carceleros a los blancos del otro lado de la calle, a los blancos que estaban a la vuelta de la esquina? En conjunto, los blancos no eran tan pobres como los negros, pero bastante pobres como sea, y además, eran los años de la Depresión. Y en lo que se refiere al odio del blanco por el negro, ¿cómo podía participar en esto el sentimiento de culpa? ¿Qué responsabilidad tenían en la esclavización del negro los inmigrantes italianos y los judíos? ¿Cuál era la intervención de esta gente también oprimida, que a duras penas y sacrificándose enormemente se ganaba la vida, en la explotación del negro?

No, no puedo creer que entonces, allí en Brooklyn, nos odiásemos mutuamente porque ellos nos concibieran como carceleros y nosotros experimentásemos la culpa. Pero, ¿importa eso, puesto que todos nos confrontábamos, aunque careciésemos de representación? Pienso que importa de una manera profunda porque si nos tomábamos el trabajo de odiarnos con tal eficacia unos a otros, sin beneficiarnos con los auxiliares del odio que se encuentran (supuestamente y en donde quiera) en la misma raíz de esta locura, eso debía significar que aún no hay un entendimiento profundo de la insensatez. Lejos de mí el pretender que la entiendo, pero insisto en que ninguna visión del problema empezará a acercarse a la verdad a menos de que pueda servir

también para un caso como el que he intentado describir. ¿Están a nuestro alcance los elementos para un punto de vista semejante?

Creo que poseemos dos de ellos al menos. Uno es una idea que descubrimos con frecuencia en la obra de James Baldwin, y el otro es una noción concomitante que siempre ponen de relieve los psicólogos que han estudiado los mecanismos del prejuicio. Baldwin afirma que una de las razones por las cuales el negro odia al blanco es la negativa del blanco a mirarlo: sabe que ante los ojos del blanco todos los negros son iguales; carecen de rostro y por tanto no son enteramente humanos. A su vez, los psicólogos nos informan que el blanco odia al negro por su tendencia a proyectar sus impulsos salvajes internos en grupos extraños, ajenos, a los cuales castiga con su menosprecio. Lo que Baldwin no nos dice, sin embargo, es que el principio del despojo de rostros es un arma de dos filos y que puede funcionar sin dificultad en ambas direcciones. Así, en Brooklyn, yo carecía de rostro ante los ojos de los negros y a la inversa, y si ellos me odiaban porque yo nunca los miraba, yo también debo haberlos odiado porque nunca me miraban. Para los negros, mi piel blanca bastaba para definirme como el enemigo, y en una guerra no es la persona, es el uniforme lo que cuenta.

Y lo mismo sucede con el mecanismo de proyección al que se refieren los psicólogos: trabaja al mismo tiempo en ambas direcciones. Es evidente que los psicólogos tienen razón al considerar lo que el negro representa simbólicamente para el blanco. Para mí, de niño, la vida que se manifestaba del otro lado del campo de juegos me parecía la encarnación misma de los valores de la calle: libre, independiente, temeraria, valiente, masculina, erótica. Puse al final la palabra "erótica", aunque por lo común se destaca por encima de todas las demás, porque de hecho vino al último, en importancia y en el nivel de mi conciencia. Lo que me interesaba primordialmente de los niños negros de mi edad es que eran "malos muchachos". Había un número muy vasto de malos muchachos entre los blancos —después de todo, éste era un vecindario en donde el crimen tenía una gran tradición como carrera abierta a los talentos aspirantes—, pero los negros eran realmente malos, de un modo que nos incitaba y que nos hacía sentir inadecuados. Nosotros íbamos todos los días a la casa para almorzar espaldas y papas; ellos vagaban durante la hora del almuerzo, mascando enérgicamente barras de caramelo. En el invierno nosotros usábamos sombreros de lana picante y guantes y enfadosos zapatones; ellos eran desafiantes y se quedaban siempre fuera (¿para realizar qué cosas deliciosas?), siempre provocaban disturbios en las clases y en los corredores, siempre se les enviaba con el director y volvían inmutables. Pero, y esto es lo más importante de todo, ellos eran duros; duros en una forma hermosa y envidiable; a ellos ni nada ni nadie les importaba en lo absoluto. Al diablo con el profesor, con el vigilante escolar, con el policía; al diablo con todo el mundo adulto que nos tiene en un puño, y contra el cual nunca tuvimos el valor de rebelarnos excepto de un modo esporádico y mezquino.

Esto es lo que yo vi y envidié y temí en el negro: esto es lo que finalmente le hizo perder su rostro ante mí, aunque por supuesto una parte de ese rostro estaba allí

en realidad. (Los psicólogos también nos explicaban que el grupo extraño que se convierte en el objeto de una proyección intentará responder tratando de ajustar su conducta a lo que se espera de ellos.) Pero, ¿qué cosa, por su parte, vio el negro en mí, por qué mi rostro dejó de existir para él? ¿Envidiaba él mis almuerzos de papas y espinacas y mis gorras de lana picante y mi conducta prudente ante la autoridad, como yo envidiaba sus barras de caramelo al mediodía y su cabeza desnuda en el invierno y su magnífica rebeldía? ¿Le indicaban esos almuerzos y esas gorras la perspectiva de poder y riquezas en el futuro? ¿Les otorgaba el significado de posibilidades abiertas para mí, que a él le eran negadas? No era difícil que así fuese. Pero si así era, uno también supone que él tenía sus impulsos íntimos de sumisión a la autoridad, de la misma poderosa manera en que yo tenía mis impulsos internos de desafío. Si él me representaba como carcelero, no era porque yo lo subyugara o lo oprimiera; era porque yo simbolizaba para él la tentación peligrosa y probablemente inútil que le haría caer en una represión mayor, del mismo modo en que él simbolizaba para mí el también peligroso estirón hacia una libertad más grande. A mí en lo personal se me llegaría a recompensar por esta represión con una vida nueva mejor, pero cuántos de mis amigos no pagaron un precio aún más alto y solamente les fue ofrecido el rencor en recompensa.

Conocemos, por la autoridad de James Baldwin, el hecho de que todos los negros odian a los blancos. Estoy intentando sugerir que a su vez todos los blancos —todos los norteamericanos blancos— tienen sentimientos enfermizos para con los negros. Son negros, sin duda alguna, quienes dirían que Baldwin está equivocado, pero sospecho que son mucho menos honrados que él, así como también malicio un auto-engañeo en los blancos que me advierten que carecen de sentimientos especiales hacia los negros. Los sentimientos especiales sobre el color son un contagio al cual parecen susceptibles los norteamericanos blancos, aun cuando no haya nada en su *background* que favorezca la susceptibilidad. Así, si atendemos el proceso actual del Norte, encontraremos en todas partes el fenómeno curioso de liberales blancos de la clase media que no tenían una experiencia previa, personal de los negros — gente para la cual los negros siempre han carecido de un rostro virtuoso, más que carecer de rostro vicioso, y que descubren que su compromiso abstracto con la causa de los derechos negros no resiste la prueba de una confrontación directa. Encontramos a esta gente que huye por manadas a los suburbios cuando crece la población negra en la ciudad; y cuando permanecen en la ciudad los hallamos enviando a sus hijos a escuelas privadas y no a las escuelas públicas "integradas" del vecindario. Los vemos al resistir la exigencia de que los distritos escolares divididos con arbitrariedad se vuelvan a escindir con el propósito de vencer a la segregación *de facto*; los observamos cuando reflexionan juiciosamente sobre si los negros (por su propio bien, desde luego) no están quizás empujando demasiado fuerte; los contemplamos cuando cloquean al referirse a la militancia negra; los descubrimos al especular sobre el problema de si no habrá algo de cierto, después de todo, en la teoría de las diferencias biológicas de las razas; los advertimos cuando dicen que les llevará a los negros un tiempo muy

considerable alcanzar la igualdad plena, sin importar lo que cada uno haga; los encontramos al deplorar el auge del nacionalismo negro y al expresar la esperanza solemne de que los líderes de la comunidad negra descubrirán los medios para contener la violencia incipiente y la impaciencia dentro de los *ghettos* de color.

Pero ésta no es, de ningún modo, toda la historia; hay que considerar también el fenómeno que Kenneth Rexroth calificó en una ocasión como "crow-jimismo". Son los jóvenes blancos arruinados como Vivaldo Moore en *Another Country*, la novela de Baldwin, que acuden a Harlem en busca de sexo o simplemente para refrescarse en el contacto de algo que parece como vitalidad primitiva, y quienes con tanta frecuencia son castigados por los negros a causa de crímenes que hubieran sido los últimos en cometer y de los cuales ellos mismos han resultado víctimas tan contritas como cualquiera de los negros que los expulsan de su lado. Están los escritores y los intelectuales y los artistas que ven a los negros con romanticismo y los encubren con celestinaje, asumiendo una culpa que no es en rigor la suya. Y están todos los liberales blancos que permiten el chantaje de los negros al adoptar un doble modelo de juicio moral, y que se prestan ellos mismos —al asumir de nuevo la responsabilidad por crímenes que nunca cometieron— a la explotación despectiva y marrullera por parte de los negros a quienes emplean o con quienes tratan de amistar.

¿Y qué de mí? ¿Cuáles son mis actuales sentimientos hacia los negros? ¿Qué me sucede a mí, nacido en Brooklyn, que crecí en el temor y en la envidia y en el odio para con los negros? Ahora que Brooklyn está a mis espaldas, ¿aún les temo y los envidio y los odio? La respuesta es sí, pero no con las mismas proporciones y ciertamente no del mismo modo. Hoy vivo en la parte superior del lado oeste de Manhattan, donde también viven muchos negros y muchos portorriqueños, y en algunas noches vuelvo a experimentar la vieja aprensión, y hay calles que evito al caminar en la oscuridad como había calles que evité siendo un niño. Encuentro que no tengo miedo de los portorriqueños, pero no puedo reprimir mi nerviosismo cuando paso junto a un grupo de negros que se encuentran frente a un bar o que vagan por el barrio. Ahora sé, como no lo supe cuando niño, que el poder está de mi lado, que la policía está trabajando para mí y no para ellos. Y al saber esto me siento avergonzado y culpable, como el buen liberal en que me he convertido. Y con todo, no se pueden negar las punzadas de miedo y el resentimiento y la autoconmisericordia que ellos provocan.

¿Pero la envidia? ¿Por qué la envidia? ¿Y el odio? ¿Por qué el odio? Aquí de nuevo han disminuido las intensidades y todo se ha complicado y se califica por las culpas y los desagrazos excesivos que son la herencia del mundo ilustrado de la clase media al que ahora pertenezco. De la misma manera en que envidié a los negros por lo que me parecía su masculinidad superior, hoy los envidio en atención a su belleza y gracia física superiores. He llegado a ponderar en grado sumo la gracia física, y ya soy capaz de sufrir un mal continuo cuando observo a una pareja negra en el salón de baile o a un negro que juega beisbol o basquetbol. Se encuentran en tal avenimiento con sus propios cuerpos, que

a mí, que desearía compartir ese convenio, me resultan bienaventurados por esa cualidad extraordinaria.

El odio que aún experimento por los negros es el más duro de todos los sentimientos que uno debe admitir o enfrentar, y es el más oculto y el más oscurecido por las actitudes conscientes a lo que yo me he sometido con éxito. Ya no tiene, como tuvo una vez para mí, ninguna causa o justificación (excepto, quizás, que se me niega de continuo mi merecimiento a una expresión honrada de las cosas; esas cosas que, por derecho ganado, siento desde niño). ¿Cómo entonces me doy cuenta que este odio nunca ha desaparecido por completo? Lo sé por la rabia insana que puede perturbarme al pensar en el antisemitismo negro; lo sé por la sensualidad repugnante que puede agitarme al mirar una pareja "integrada"; y lo sé por la violencia que puede conmoverme cada vez que me encuentro frente a esa forma especial de susceptibilidad paranoide hacia la que se encuentra tan predispuesto un muy vasto número de negros.

Aquí, entonces, es donde me encuentro; no sé exactamente dónde pienso que están todos los otros liberales blancos; pero de cualquier modo no puedo hallarme muy lejos de ellos. Y es gracias a mi convicción de que nosotros los norteamericanos blancos tenemos —por las razones que sean: eso ya no importa— unos sentimientos tan retorcidos y enfermizos hacia los negros, que yo desespero del impulso presente hacia la integración. Si en esto no interviniese la marcha del progreso, no habría quizás motivo para desesperar: el tiempo y la ley e inclusive la situación política internacional están del lado de los negros y en última instancia y, por ende, la victoria —en cierto modo, como sea— deberá sobrevenir. Pero algo hemos aprendido de los observadores que tenemos la obligación de conocer, y es que la marcha se ha convertido para los negros en algo tan importante como la sustancia. Exigen igualdad y la quieren *ahora*, y el mundo blanco está cediendo a sus exigencias sólo en la medida y con la rapidez a que se ve absolutamente compelido. Los negros saben esto de la manera más concreta que es dable imaginar, y así es cada día más difícil librarse de ellos con retórica y promesas y seguridades piadosas de ayuda. Por ello, dentro de la comunidad negra, se encuentran ahora con mayor frecuencia, más y más personas que declaran —como Harold R. Isaacs estableció en un artículo en *Commentary*— que ellos necesitan *salir*: gente que afirma que nunca se producirá la integración, o que tomará cien o mil años en realizarse, o que se dará a cambio de un precio demasiado alto en sufrimiento y en luchas, que no compensará, por lo que pueda entregar en su mejor momento, la pálida y pesada vida de la clase media norteamericana.

El movimiento más numeroso, influyente y peligroso que ha surgido de la desesperación negra en su afán de integración es, por supuesto, el de los *Black Muslims*, los Musulmanes Negros. A este movimiento, al margen de lo que podamos decir de él, se le debe dar crédito por un logro perdurable: inspiró a James Baldwin para escribir un ensayo que merece situarse entre los clásicos de nuestra lengua. Todo lo que Baldwin ha intentado comunicarnos está quintaesenciado en *The Fire Next Time*: una declaración de magnificencia profética

EL NEGRO (de pág. 13)

y de sobrecogedora capacidad persuasiva. El mensaje de Baldwin es y siempre ha sido simple. Es éste: "El color no es una realidad humana o personal; es una realidad política." Y la exigencia de Baldwin es también simple: el color debe olvidarse para que no seamos asolados por una venganza, "que en realidad no depende, y en verdad no puede ser ejecutada por ninguna persona u organización, y que no puede ser prevenida por ningún ejército o fuerza policial: venganza histórica, venganza cósmica fundamentada en la ley que reconocemos al decir: **Todo lo que asciende debe descender**". Baldwin pinta a los Black Muslims como una señal y una advertencia para el intransigente mundo blanco. Vienen para proclamar la profundidad y los puntos del desamor negro hacia el mundo blanco, y Baldwin afirma que ningún negro norteamericano puede dejar de responder, en algún lugar de su ser, a este mensaje: que el hombre blanco es el demonio, que Alá lo ha condenado a la destrucción y que el negro recibirá la tierra por heredad. Por supuesto, Baldwin sabe que esta pesadilla invertida del racismo que el negro ha padecido, no puede triunfar y ni siquiera puede indicar el lugar en donde se deba situar a la victoria. Porque desde su punto de vista, la ubicación de la victoria está exactamente en la dirección opuesta: en la actitud de trascender el color a través del amor.

Sin embargo, el hecho trágico es que el amor no es la respuesta al odio: no en el mundo de la política, como quiera que sea. El color es en verdad una realidad política más que personal o humana y si la política (lo que equivale a decir el poder) lo ha convertido en una realidad humana y personal, entonces sólo la política (lo que equivale a decir el poder) puede destruirlo de nuevo. Pero el camino de la política es lento y amargo, y como la impaciencia de los negros se aparea con el ambiente de palabrería de los blancos, hemos sido llevados casi al borde de una explosión y la sangre puede aún correr en las colles.

¿No encontrará nunca un sitio para descansar esta locura que nos atrapa a todos? ¿Nunca habrá un fin para esto? Al pensar en los judíos me he preguntado con frecuencia si su supervivencia como un grupo distinto valía siquiera un pelo de la cabeza de un solo niño. ¿Debían sobrevivir los judíos para que seis millones de inocentes fueran un día quemados en los hornos de Auschwitz? Es una pregunta terrible y nadie, ni Dios mismo, podría resolverla a mi entera satisfacción. Y cuando pienso en los negros en Estados Unidos y en la imagen de la integración como un estado en el cual el negro tomaría su debido lugar como otra de las minorías protegidas en una sociedad pluralista, me pregunto si ellos creen en verdad en sus corazones que se pueda lograr realmente un estado así, y si es así, desearía saber **por qué** desean sobrevivir como un grupo distinto. Creo entender por qué los judíos quisieron sobrevivir en una ocasión (aunque mi certidumbre es mayor, sobre el por qué aún queremos hacerlo); no sólo tenían la certeza de que Dios no les concedía otra elección, sino que estaban vinculados a un recuerdo de glorias pasadas y a un sueño de redención inminente. ¿Qué tiene el negro norteamericano que pueda corresponder a esto? Su pasado es un estigma, su color es un estigma y su visión del porvenir es la esperanza de desvanecer el estigma, al hacer el color irrelevante, al

hacerlo desaparecer como un hecho de la conciencia.

Comparto esta esperanza, pero no veo cómo podrá realizarse, a menos que el color de **hecho** desaparezca: y eso no significa integración, quiero decir asimilación, significa —dejemos que aparezcan las palabras brutales— mezcla de razas. Los **Black Muslims**, como sus contrapartes racistas en el mundo blanco, acusan a "los llamados líderes negros" de perseguir en secreto y como un fin la mezcla de razas. Los racistas están equivocados, pero desearía que estuvieran en lo justo, porque creo que la gran fusión de las dos razas es la alternativa más deseable para todos los afectados. No proclamo que esta alternativa pueda ser perseguida programáticamente o que sea una solución factible de inmediato; resulta obvio que se levantan ante ella barreras mayores que las que surgen frente a la integración. Lo que digo, sin embargo, es que en mi opinión no hay otra forma de resolver el problema negro en este país.

He contado aquí la historia de mis retorcidos sentimientos hacia los negros, y cómo entraron en conflicto con las convicciones morales que he desarrollado desde entonces, y lo hice para afirmar que tales sentimientos deben reconocerse con la mayor honestidad posible para que puedan manejarse, y en última instancia desconocerse en favor de las convicciones. Está mal que un hombre sufra a causa del color de su piel. Ante esa proposición, ante ese lugar común del pensamiento liberal, ¿qué argumento puede enfrentarse y ser respetado? Si los argumentos pertenecen al sentimiento, se les debe obligar a ceder, y nuestra propia alma no es el peor sitio para iniciar el trabajo de una enorme transformación social. No hace mucho, había una pregunta usual para los liberales blancos: ¿Te gustaría que tu hermana se casara con uno de ellos? Cuando yo era niño y mi hermana era soltera todavía, ciertamente habría respondido con un **no**. Pero ahora soy un hombre, mi hermana ya está casada y tengo hijas. Si hoy me preguntaran si me gustaría ver a una hija mía "casar con uno de ellos", tendría que responder: "No, no me gustaría en lo absoluto. Me quejaría y me enfurecería y gritaría y me mesaría el cabello. Y entonces espero que tendría el valor de maldecirme a mí mismo por enfurecerme y gritar y le daría a ella mi bendición. ¿Cómo me atrevería a impedirlo a instancias del niño que fui y en contra del hombre que ahora tengo el deber de ser?"

Traducción de Carlos Monsiváis

MILLER... (de pág. 9)

Siempre es la misma lucha: percibir de algún modo nuestra propia complicidad con el mal es un horror que no se resiste. Es mucho más tranquilizador ver el mundo en términos de víctimas completamente inocentes e instigadores completamente malvados de la monstruosa violencia que vemos en nuestro derredor. A toda costa se trata de no perturbar jamás nuestra inocencia.

¿Pero cuál es el lugar más inocente de cualquier país? ¿No es el asilo de dementes? Allí la gente vive de verdad inocentemente, incapaz en absoluto de verse por dentro. La inocencia perfecta, realmente, es la locura. Lo que Quentin trata de hacer desesperadamente en esta pieza es abrirle

los ojos a Maggie para que vea que es cómplice de su propia destrucción; es un acto de amor porque requiere que él acepte, por su parte, su propia complicidad, si pretende que sus imprecaciones tengan algún valor; él debe, en resumen, renunciar a sus propios alegatos de inocencia a fin de rescatarla de la autodestrucción.

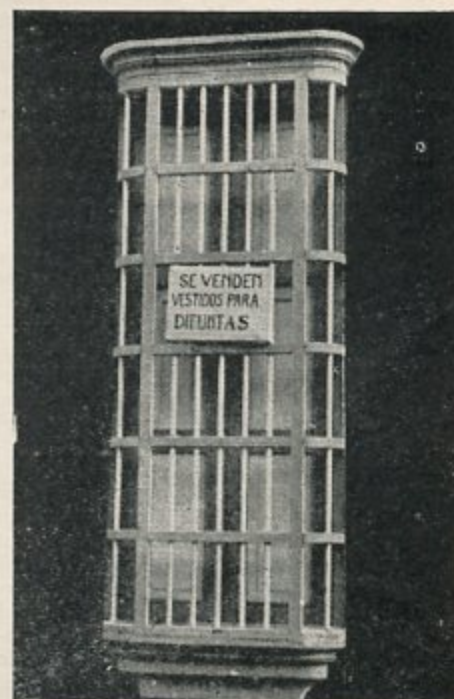
No es, por lo tanto, que la pieza sea personal lo que ofende a alguna gente; es, en mi opinión, que el dolor que expresa no es literario, es demasiado real, no ha sido suficientemente sentimentalizado. Así, todos aquellos que en la vida real se ríen de las Maggies del mundo, los que satirizan sus esperanzas y se aprovechan de su ignorancia, de su vulnerabilidad, de su terrible soledad y necesidad... todos ellos no pueden, con una o dos lágrimas, rendir "decentemente" sus "tributos" a las víctimas de su propia hipocresía. Todo esto lo prohíbe la pieza teatral, gracias a Dios.

TIEMPOS MODERNOS

5



- Quiñones
- A. Langfus
- C. Tiempo
- M. Twain
- W. Thiers
- M. E. Walsh
- O. Paz
- D. Cherniavsky
- H. Tizón





NORMAN BRISKI

reportaje a

—¿La pantomima es un arte de creación o de imitación?

La pantomima no es imitación. A veces una buena imitación es una cosa positiva, pero de todas maneras no creo que nadie se plantee hacer un arte de imitación. He visto muy buenos imitadores de Marceau por ejemplo, incluso con una técnica superior a la de él, pero de todas maneras no pasaban de ser una imitación. El mimo es un creador. La maravilla del mimo es que crea una historia con un tratamiento especial del tiempo: lo que se llama poder de síntesis. O sea que se pueden hacer historias muy sencillas, pero el tratamiento del tema es lo que da carácter al mimo. Tampoco tiene por qué ser un esquema o un cuento redondo, ni mucho menos. El mimo puede representar una historia abstracta o concreta, o con cualquiera de los nombres con que esta época se empeña en llamar a las cosas.

—¿Qué tratas de transmitir con la pantomima?

Lo primero que se me ocurre decir es: que la gente descubra que el mimo puede realizar una cantidad de cosas a través de una realidad justificada y una vez justificada esa realidad tratar de dar su interpretación subjetiva. En este momento yo pienso que cualquier elemento puede servir al mimo para transmitir esos contenidos. La pantomima tradicionalista se expresa con el cuerpo. Yo creo que ahora se puede utilizar objetos. Que el mimo esté al servicio del objeto. O sea que el objeto sea protagonista. No hay por qué justificar la presencia de un objeto. Que el objeto esté es suficiente por sí mismo. Esto ocurre en la vida cotidiana. Los objetos son protagonistas. Si tropezamos con una piedra la insultamos.

—¿Qué pasa con los mimos en este país? ¿Cómo se los considera? ¿Es difícil ser mimo en la Argentina?

—Aquí se considera al mimo como un espectáculo de lujo, como una cosa exótica

traída de los países persas y a camello. Un mimo es, en el cuadro de las cabezas argentinas, un producto de exportación, sobre todo francés, porque los maestros y toda la tradición mimica que se conocen son franceses. Por supuesto que hubo grandes mimos antes de la escuela francesa, hubo mimos italianos, israelíes, mimos de todos lados, y todavía los hay. Pero la imagen que se tiene acá es que el mimo es francés. Además, los mimos en la Argentina son, en general, muy malos: imitadores, y ni siquiera buenos; demasiado dramáticos en el sentido en que sirven a una temática que quiere ser argentina a la fuerza. Dicen: "Hay que hacer cosas argentinas" y hacen una doma de caballos, o cosas de ese tipo, que si estarían bien hechas no sería molesto, pero ni siquiera eso. Pienso que viviendo en Buenos Aires hay que utilizar la temática del humor. Yo no soy de Buenos Aires, pero lo que más me atrajo desde un principio es el humor porteño. Creo que hay geniecitos del humor en Buenos Aires. Comparado con el humor de otros países pienso que no solamente no tenemos nada que envidiar, sino que precisamente podría ser a la inversa. Por otra parte en la Argentina es muy difícil montar un espectáculo de pantomima exclusivamente. Es un círculo vicioso. La gente en general no va a ver pantomima porque los mimos son en general malos, y por lo mismo es muy difícil que un empresario esté dispuesto a dar su sala para un espectáculo de pantomima. O sea que los mimos que más o menos sirven para algo tienen que luchar mucho. Y solos. Una posibilidad es la inclusión del mimo argentino en espectáculos teatrales, donde tiene una participación parcial. Otra: la publicidad, donde también se puede desenvolver.

—¿Sentís preferencia por algún mimo en especial? ¿Divorcias al mimo del actor? ¿O un buen actor incluye a un buen mimo y viceversa?

—Yo creo que un buen actor es un buen

mimo. A veces no se da. Pero creo en eso. Para mí Buster Keaton representa al mimo, actor, creador, y todo lo que desearía para mí. Keaton es una parte mía muy fuerte. Chaplin me ayuda. Sería otro de ellos. Y he visto un mimo que me impresionó muchísimo, es de origen eslavo, se llama Dimitri y está trabajando en la Vieux Colombe en París. Me encantó. Es un clown actor despojado de todo artificio y de toda forma tradicional; muy fresco y muy divertido. A Marceau le reconozco la gran irradiación de su personalidad en el escenario y su técnica formidable, pero me cansa: creo que desde el 45 hasta ahora habrá cambiado dos o tres pantomimas.

—¿La pantomima puede alcanzar contenidos críticos importantes, o se limita a hacer sonreír?

—Creo que todo tipo de espectáculo siempre incluye un poco de poesía y un poco de política. Uno siempre directa o indirectamente está atacando, y en el caso de la pantomima está ironizando algo. Y esto en seguida se proyecta en el plano social y en el poético. En Estados Unidos dos de mis pantomimas: "Cohete" y "Jessy James" provocaron reacción en el público. Recibí llamados telefónicos donde me decían que yo estaba cargando al pueblo de Estados Unidos, en el sentido de que el cohete que quiero enviar falla, y eso los ofendía mucho. Y Jessy James mata a todo el mundo, y después, de aburrido, se mata él solo. O sea una situación que Estados Unidos puede vivir de alguna manera. Cuando hice las pantomimas sinceramente no pensé en nada de eso. Cuando terminé me dije: esto es una flor de cargada a Estados Unidos. O sea que inconscientemente uno tiene "conciencia" de estar en una sociedad determinada, y entonces la ataca tanto como la sociedad lo ataca a uno.

—¿Tuviste en Estados Unidos oportunidad de conectarte con gente útil para tu carrera?

—En Estados Unidos estudié con De Croux, el maestro de Barrault y Marceau y otra gente. Me pareció un tipo muy importante en pantomima; demasiado exclusivista con respecto a su arte y con una intención demasiado trascendente.

—¿Si lo hubieses encontrado a Keaton allá, qué hubieses querido decirle?

—Lo vi a Keaton y me lo presentaron. O sea que la experiencia está vivida. De todas maneras te la cuento. Cuando fui a un programa de televisión tuve que firmar un zócalo que firmaban los visitantes, y el zócalo anterior lo estaba firmando Buster Keaton. El terminaba su programa, y venía yo. Entonces lo vi. Y lo vi casi sonriendo. Lo primero que pensé es que estaba muy viejo, y en última instancia pienso que el arte se queda un poco flaco al lado de una persona que está vieja, o sea que todo lo que hizo para hacer reír a la gente con sus creaciones parece nada al lado de esa imagen. Preferiría que hubiese hecho menos y estuviese más joven. Es un poco triste. Porque además se reía, se reía mucho¹, y una cantidad de cosas. Y con la imagen que uno tenía, esa cosa intelectual de sublimar a los grandes creadores, comparado con la visión que tuve de él, fue bastante duro. Ojalá hubiese estado más sano.

¹ Buster Keaton estaba obligado a no reírse nunca. Enloqueció por eso. Había firmado un contrato en Hollywood que lo condenaba a no reírse nunca. (N.B.)



reportaje a

"EL BARRILETE"

con 6 poemas

1) ¿Se consideran un grupo de izquierda?

En primer lugar, nos negamos a aceptar como válidos esquemas que consideramos caducos porque no sirven para definirse frente a los problemas políticos de América Latina. Por lo demás, nuestros "Informes" —sobre Lavorante, el desocupado, la esperanza, Discépolo, Santo Domingo— nos ubican perfectamente frente a dichos problemas.

2) ¿Publicarían a un poeta de derecha?

Cohherentemente con nuestra respuesta anterior, no entendemos que haya poetas de derecha. Publicamos poesía.

3) ¿Qué opinan del antisemitismo?

Que es una tara y, como toda discriminación, está basada en el error. Pero como ese error es consciente y malicioso, hay que ejercer con firmeza nuestro convencimiento, contrario a toda división explotada artificialmente.

4) ¿Qué hacen los domingos?

¿A qué hora?

5) ¿Para qué creen que sirve un poema?

Para ganar dinero y triunfar en la vida.



ROBERTO J. SANTORO

teoría poética

La estética
ética est.

práctica poética

Escribo
para los que hablan.

consecuencias poéticas

a-divinar

en-ardecer
con-fundir
des-velar



ALICIA
DELLEPIANE
RAWSON

odio

Así que no sabés
lo que es el odio.
Cuando todo sigue igual
cuando no cambia nada
"porque siempre tendréis
entre vosotros"
al pobre infeliz muerto de frío
y al dolor y
para qué seguir
si ya lo saben.
Un día cualquiera
te hacés unas preguntas
no entendés el por qué
y empieza el odio.



FELIPE REISIN

este problema

Se dirá tiempo perdido
pero yo busco lo que me amarga
a veces me llevo malas ideas
creyendo encontrar una verdad,
sin embargo sigo buscando
con ahínco
detrás de los árboles por ejemplo
en el trueno también
en las baldosas que piso
pero ni abajo ni arriba
está la verdad que nos duele.
Y es inútil tomárselas con la poesía.
Uno se levanta y se acuesta
y en el medio

la verdad
como una piedra negra
cerrando la ventana.



MARCOS SILBER

la fiesta

Durante toda la noche
bailó y bailó
y ellos bebieron y cantaron
y le usaron el amor y consiguieron aturdirse

a la mañana nacieron desnudos
buscaron sus manos y con ella
se arrimaron los pechos sin hablarse
y se abrazaron desesperadamente

durante todo el día
lloraron como un solo animal herido
y se compadecieron y se amaron
por primera vez de verdad y como nunca.



**RAFAEL
ALBERTO
VAZQUEZ**

no pasa nada

Aquí no pasa nada.
Es el país, la parte que nos toca,
la imagen que este tiempo nos desvive.
No pasan grandes cosas.

Muere gente
de muerte natural, todos los días.
Hay huelgas, pero en orden.
De vez en cuando, es cierto, renuncia un funcionario
Pero no pasa nada.
La calle, el eco suelto
nos dice el fútbol, la vergüenza
y el costo de la vida.
Nos insulta despacio, como un tango,
nos achica el país
hasta este barrio
dividido
que es todo Buenos Aires.
Nos deja discutiendo en una esquina
porque es tarde
y aquí no pasa nada.



**SILVIA
SUSMANSKY**

la mujer libre

a tu ciudad, donde entré así

Esa mujer tenía los ojos dedicados al azul
y caminaba las calles vacías
con el alba en las pisadas.

Esa mujer movía la noche en los espejos
encendiendo su lengua con rescoldos y cenizas.

Esa mujer
cautelosa en sus silencios
se desnudaba en las palmas del verano.

Ella
entregada a placeres dolorosos
excavada con diamantes hasta el hueso

ella marchaba simplemente
por encima de todas las purezas
al costado de cualquier costumbre maliciosa

ella
librada a la suerte de sus nalgas
embestida de amor

ella suelta sus brazos al acaso
se arma de todas las luces disponibles
y entra sin violencia
a la ciudad sitiada.

MARTA LYNCH

LA SEÑORITA DE LA NOCHE

cuento

Cuando Doña Lola tuvo a la Negrita, el chico de Valdés, Arturo, andaba por los tres años, menos, quién sabe, es difícil saber la edad de los chicos que como ellos aprenden a gatear en medio de la calle. Pero el caso es que crecieron juntos; dos enredaderas más, de esas fuertes y ordinarias, plantas de terraplén, de alambreado de ferrocarril, en el calor, la simpatía, la indiferencia —todo a la vez— del barrio.

Vivían en casas enfrentadas, adosada una al pequeño negocio de almacén, y otra, la de Doña Lola, con el desteñido cartel de modista que cada año se borraba más. Y todo lo otro era como siempre en esos de barrios, las casas chatas, los zaguanes hondos, el corralón de maderas y el bar y billares donde alguna que otra vez sucedían las cosas. Por suerte, para los chicos que vagabundaban día y noche en las dos últimas manzanas se conservaban intactos los baldíos. Y allí fue que Arturo y la Negrita empezaron sus andanzas.

Nadie hubiera podido decir que fueran chicos raros, más bien buenos que malos, en camiseta y descalzos de verano, decorosamente abrigados cuando llegaba el frío, mostrando en los juegos una ligazón ni fiera ni melosa, una firme determinación —estaría por decir— de estar juntos, de tocarse en cierto modo, al fin y al cabo el jugar en la calle es para todos el primer intento importante de la vida. Les gustaba esperar el tren junto a una casilla del guardabarrera, y una noche la Negrita le enseñó en un charco el brillo ardiente de la luna. El chico no se burló: más bien trató de llevarla un poco más lejos, hasta un charco grande que se formaba cada lluvia en la hondonada del ferrocarril y allí sobre el agua temblorosa aceptó también la existencia de aquella visita solitaria, con un cielo de lomo de rata como fondo; y hablaron largamente porque, eso sí, ambos poseían a su modo una extrema facilidad para comunicarse; a solas se mostraban histéricos y misteriosos, había en ellos a más de la infancia, en común, una entrega triste hacia lo que tenía que venir.

Doña Lola —pese al diploma de modista— se limitaba desde hacía muchos años a repetir un modelo único de vestido para las vecinas que podían darse el lujo de pagarlo. Como le pagaban poco y mal, Doña Lola cosía cada vez peor. Era una mujerona ardiente y silenciosa que todavía insistía en ir a misa, sin marido conocido, ni amigos ni parientes, una gruesa voz que tarareaba tangos mientras pedaleaba en la Singer, junto a la ventana, con la pieza dormitorio-comedor cubierta de papeles, de moldes viejos, el maniquí sin cabeza —no necesito maniquí, decía, bastan las medidas y anotaba pecho ochenta y cuatro, cintura setenta y ocho en el borde de la "Razón" quinta. Luego perdía el diario, y el vestido, desde la primera prueba, resultaba un adefesio. Pero esa prueba resultaba un momento lindo, casi siempre, en que se podía conversar, y como todas las vecinas eran gordas no importaba tanto el adefesio del vestido: ellas ya no estaban para deslumbrar y las muchachas de veras deslumbraban —de todos modos— y sin ayuda de vestidos. En paz, de esta manera, no había por qué preocuparse demasiado de la Negra, nacida mal, eso lo comprendía Doña Lola, pero había nacido y allí estaba, obscura y flaca al nacer, buena hija de pobre, sanita y viva, aprendiendo en la vereda los primeros pasos, los insultos y los inocentes indecencias del barrio. Doña Lola estaba casi segura de que la Negrita había sido el re-

sultado de aquel abrazo triste que aún le calentaba el alma, pero el cura le pidió tantas veces olvidarlo que ella decidió echar tierra sobre él. Ya no quedaba nada del abrazo fuera de la Negra y de la tristeza: ni siquiera cuando tarareaba por la tarde hubiera dicho alguien que las letras de los tangos se referían a su historia.

Quien sabe por eso la Negrita creció sola y regular. Doña Lola le daba de comer y nunca quiso castigarle; pero fue una madre silenciosa, una máquina de fabricar ese único vestido que las vecinas le pedían con apuro y que siempre les quedaba mal. La Negrita, entonces, con la sangre revuelta en su carita achinada se aficionó a la alcantarillas, a espiar lo que pasaba en el salón de billares y al baldío, sobre todo, al último baldío que a veces, según cambiaba la luz, daba la impresión de campo; se aficionó a la calle, de todas maneras, y en la calle y con Arturo se sintió feliz.

En el almacén, en cambio, las cosas resultaban peor porque allí convivían un hombre y una mujer unidos en la santa rencilla de su matrimonio único. Y el chico había nacido en un alto de la gran pelea, casi una pelea existencial que dejaba a Doña Carmen y al almacenero sin ánimos de nada, una larga y prodigiosa reyerta, milagrosamente recuperada cada día, tras el paréntesis liberador del sueño y la esporádica victoria del sexo silencioso. Cualquier cosa quedaba atrás, todo se empequeñecía frente a la furia desatada de la pareja en su almacén. Los pedidos quedaban sin hacer, el mostrador vacío, cualquiera podía levantarse con un kilo de fideos y una barra de jabón sin que ellos lo anotaran, las deudas apremiaban pero los bríos, el combate, se desencadenaban temprano, irrumpían en la pequeña habitación del chico, apenas un tabique que le separaba de sus padres, sobre el patio del fondo junto al gallinero. Arturo abría los ojos bajo su frazada. A veces —al principio, sobre todo— le castañeteaban los dientes y pasaba revista a los insultos, a los reproches, a los amargos preguntas y respuestas. Hasta que se largaba de la cama despacito y salía a la calle luminosa, liberadora como el juego, la calle amiga a la que también lo perseguían las voces de sus padres. Caminando hacia el Sur, las voces se perdían y el chico recuperaba su alegría; encontraba ya temprano a los otros compañeros que lo miraban con lástima —eso creía— y siempre era difícil llegar a ellos imposible; hacerse fuerte. Entonces venía la figura salvadora de la Negra que ni preguntaba ni se reía al verlo; era entonces la Negra amiga, la luna, el charco, el tren y el diminuto campo del baldío. Y aunque tenía padre y madre conocidos, un almacén con balanza y heladera y un traje nuevo para los domingos, también Arturo creció solo y regular.

Algo más tarde sus vidas empeoraron con el brutal conocimiento de "esas cosas de la vida", como decía Doña Lola, cuando quería impresionar en medio de una prueba porque la madre de Arturo era linda todavía, aficionada a la alegría, y el dueño del bar y billares afirmaba haberla visto en otro barrio con un hombre alto y delicado, traje azul, puntualizaba siempre, la había visto —ése era el cuento— y el tipo delicado, traje azul, la estaba besando. Pero la cosa no resistió muchos comentarios, ya que no hubo pruebas; sólo los reproches del almacenero, podrida, cabra, en esta porquería de almacén, no seas cabra, y la larga pelea enroscándose y desenroscándose como una interminable serpentina, atronando el aire de la calle, haciendo temblar el tabique que dividía la tienda.

El barrio vegetaba en paz; la vida naufragaba entre las casitas chatas, al gusto de los constructores italianos hasta que el tiempo comenzó a pasar a prisa y las primaveras fueron más ardientes y el sol comenzó a quemar. La Negra iba poco a la escuela porque Doña Lola estaba cada día más silenciosa y descuidada; el día le resultaba largo y los vestidos escaseaban —aun los más modestos—; la escuela, entonces, era una cosa inútil, una cosa más entre el maniquí acribillado de alfileres y los tangos que se renovaban. Por otra parte, no se podía exagerar: la Negra era imposible. Se había puesto linda y gorda ella también, pero se volvía loca por la calle y al fin la calle es el gran recurso de los pobres; Doña Lola se daba la razón al no afligirse demasiado. Sabía que la chica había aparecido en mala hora y atribuía a eso su poco apego a la seriedad, sus incesantes ganas de comer, de escaparse a la calle y de corretear con los varones. Si no tenía cabeza para el estudio no había que hacer un drama y de ese modo fue que apenas aprendió a leer dejó de ir a la escuela. Tampoco para Arturo la escuela era un placer. A menudo se escapaba por la calle del fondo, la que iba a dar a un costado de la plaza con los juegos, la Negra lo esperaba allí y al encontrarse mutuamente, respiraban. Y un día Arturo le pidió que lo acompañara a la iglesia porque algo en la iglesia lo atraía y la Negra, que era más salvaje, se le rio en la cara, lo llamó otario y santulón, pero Arturo no se enojó por eso, sino que insistió y ante una nueva y burlona negativa fue solo. Cuando salió de la iglesia la Negra lo estaba esperando sentada en el cordón de la vereda. Al verlo llegar satisfecho de la firmeza de su hazaña juntó sus dedos y los agitó en el aire:

—Bueno, ¿qué encontraste? —preguntó.

Arturo se acomodó a su lado. Los hombros frágiles se tocaban, los brazos sombreados por el vello, el pie derecho de él y el izquierdo de ella. Pareció tranquilo.

—Ahí adentro debe estar Dios. Estoy seguro, contestó.

La Negrita volvió hacia él la cara chata donde los ojos oblicuos se habían vuelto verdosos.

—Sos colifa, decidió.

Y esa tarde jugaron juntos y solos en el último baldío, hasta que se hizo de noche. La Negra estaba excitada, si se quiere, peor que de costumbre, se sentía sola y mal, la asustaba el recuerdo de la visita a la iglesia y el gesto de Arturo, entre absorto y desafiante, la hacía sudar. Entonces se decidió por aquel juego tremendo que le propusiera Cacho, otro machito de la cuadra, Cacho y su hermana Alina, soplando las cosas que sabía desde que abriera los ojos, mirando los perros y las parejas en el paredón de la cancha de fútbol de Argentino Juniors, la historia de los chicos y la barriega, los besos y los abrazos, eso que sabía a fondo y sabidamente desde mucho antes que lo supieran los otros porque ella tenía una inquietud eterna y entrañable que la hacía diferente. Se lo propuso. Él no se inmutó. Sobre el baldío corría un soplo de verano que imprimía en ambos el acre sabor de una infancia que se iba. Ellos recordarían siempre el olor profundo y acre del verano. Volvió a proponerle el juego porque bien sabía que Arturo no era un marica, aunque ahora se le hubiese dado por ir a buscar algo dentro de la iglesia. Más bien era mucho hombre —y no tenía todavía doce años— para ella y para Cacho y aún para la infeliz de Alina que andaba espionando porquerías contra los paredones. Ella sabía lo hombre que podía ser aunque se refugiara en ella cuando los otros se reían de los gritos de sus padres, apoyado en sus hombros de chica sin formar, olisqueándola —pensaba—, amparándose en ella, la Negrita, que era mujer, que soy más mujer, pensó trastornada, cuando las cosas se le ponían feas. Pero en vez de jugar hablaron largamente, ella con unas ganas tremendas de que ocurriera algo raro y él demostrando una vez más su hombría —lo sabía todo, podía enseñarle si era necesario— con un sacudimiento interior que les dio la idea de estar creciendo vertiginosamente, casi creían verse las piernas y las manos del tamaño de los grandes, desmadrando ese pedazo vergonzante de la vida que les dolía a los dos y que también les gustaba bárbaramente. Hasta que por suerte, la luna se asomó a los charcos y Arturo se arrodilló —esta vez como un chico que era y le hizo una apuesta sobre si era la luna que corría o era el agua del charco que temblaba y en eso los llamaron a comer y la tarde de verano terminó.

Y esa misma noche la Negrita empezó a sangrar y Doña Lola alcanzándole un trapo le dijo que se había hecho mujer, como si una se pudiera hacer mujer por el solo hecho de sangrar. No por eso dejó de salir a la calle —todavía creo que salió más— machoneando todo lo posible entre el terraplén y el baldío, con la piel que se le estaba poniendo tirante y lustrosa, los grandes ojos, la única trenza a la espalda, mientras Arturo se rataba sabidamente y los padres se peleaban —ahora había también gritos y golpes— todo fresco y cotidiano hasta el momento en que él quiso ir a la iglesia por segunda vez.

De nada valía quedarse sentada en la vereda y entraron juntos. La Negra ya se las veía mal tratándose de hombres, había aprendido una larga serie de requiebros y de obscenidades, las tremendas cosas sin saber del todo, pero tenía conciencia de sus piernas afinadas delicadamente bajo las rodillas, del vello del sobaco, de los pechos que eran lo que le parecía peor y mejor a la vez, lo que más se le admiraba. Esperándolo en la plaza sólo conseguía ponerse enferma con una mezcla de dolor y rabia, imaginándose recorrer la casa de los curas con otras muchachas quizá, esas beatas como protestaba Doña Carmen al incursionar por el confesionario los domingos, chicas limpias, zonzos y bastante misteriosas que se santiguaban antes de salir. Es decir: claramente eran otra clase de muchachas. Pero en la iglesia no estaban más que el cura párroco y un montón de estatuas más bien feas, Cristos sin cara de judío y una Virgen María de mejillas coloradas. Frente al altar mayor brillaba una pequeña luz. Se sentaron en el penúltimo banco, los ojos puestos en la espalda del cura que leía su misal. Cuchichearon distraidamente, la Negra mucho más tratando de atraer de nuevo su atención, aunque reconocía en parte que no se estaba demasiado mal adentro de la iglesia; quien sabe Arturo también en eso tenía razón porque la nave resultaba quieta y fresca como la sombra bajo los árboles o la cama, en el invierno, si llovía, en fin, se estaba bien y en paz. Tuvo que reconocerlo. Entonces fue que el cura giró la cabeza y los miró sonriendo, dejó el misal sobre el largo banco de madera y los llamó. La Negrita no supo reprimirse, pudo más en ella la vergüenza de mostrarse o de que la descubrieran, mucho más que aquella dura curiosidad que atormentaba a Arturo sobre el banco y largó el conventillo, el baldío, el despecho y el miedo por la boca y escapó a todo lo que le daban las piernas, haciendo rebotar sus zapatillas sobre las baldosas, cre-

yendo que Arturo la seguía, muerta de risa —si será otario el cura—, riéndose con una exacta desesperación de mujer a las que las cosas se le están escabullendo. Saltó a la calle, a la plaza y respiró. Pero había corrido sola y volvió los ojos hacia el frente de la iglesia casi con incredulidad porque el secuaz, el cómplice, el amigo, había quedado allí y su risa, su burla y su huida se le antojaba ahora una majadería. Tuvo conciencia de haber quedado rezagada a pesar de la carrera, de la luz del crepúsculo y de la plaza en sombras desde la que dos muchachos corpulentos la miraban y le hacían señas. Esperó de todos modos. Esperó hasta que fue noche de veras vencida por el miedo y por la curiosidad sin animarse a entrar de nuevo porque ella era mujer en un mundo dentro del cual los hombres se entendían. Toda esta mezcla de hechos y de fantasías la obligaron a esconderse cuando lo vio reaparecer; pero Arturo la buscó, saludó al cura con un gesto amistoso y contó con voz tranquila las preguntas, la conversación. Empujándola para que no se le viniera encima —como lo hacía siempre— le propuso salir a la noche a esperar el tren y jugar a las apuestas con el rápido a Rosario o el japonés que iba a Pergamino, es decir: le habló como si tal, era el mismo Arturo de siempre. Y la Negrita se asombró porque todo se hinchaba locamente dentro de ella, era una historia idiota como repetía Doña Carmen entre sus alfileres cuando el vestido volvía a salirle mal.

Claro que la cosa extraña en uno y otro empezó a crecer. El almacenero arreció en su reyerta milagrosa, recrudesció en los gritos y en los golpes con su férrea y antigua furia de anarquista; los vecinos oían ahora incomprensibles vocablos catalanes y su recia decisión de no dejar al cura aquel que hiciera un marica de su hijo. La cabra, esa piojosa de almacén, su mujer que seguía siendo linda todavía pasó a un segundo plano. Por una vez en la vida, marido y mujer concordaron en mortificar al chico tapado hasta la cabeza en su diván cama, detrás del tabique, en la pieza, junto al gallinero. Ahora gritaban los dos cada vez que se establecía una tregua y gritaban contra el catecismo, contra el cura piojoso y contra todos los curas del mundo. Porque era preferible haber ahogado a Arturo antes de nacer que verlo convertido en un idiota.

Por el mismo tiempo, Doña Lola, que había caído enferma, empeoró y la Negra tuvo que recalar de casa en casa por el vecindario porque había sido siempre una chica descuidada, demasiado ardiente para sujetarse a la cocina de la casa, con esas ganas terribles que tenía siempre de mandarse a mudar. El baldío era una vez más la única casa de ambos, no estaban tan crecidos como para no poder sentarse tras la vieja palmera sin temor a las arañas ni a las ratas. Aún mantenían el pequeño cobertizo, la chapa de cinc con que construyera el refugio de las últimas andanzas. Aún se reunían con los otros, con Alina, Cacho, el Ofa, el Osvaldo de la panadería, los otros chicos, siempre eran los demás, la otra parte del mundo fuera de la comunión milagrosa en la que gozaban y se reconfortaban, más que la ligazón del juego, mucho más ya, una comunicación triste y melancólica que los hacía buscarse, pelearse o medirse en una lucha cotidiana. Claro que a la Negra las cosas que trataba de practicar la primera vez que fueran a la iglesia (por venganza o por capricho, vaya a saber) aquellas cosas le gustaban cada día más. Ya eran casi una presencia, más que la máquina Singer que se negaba a manejar, mucho más que Doña Lola, que pese a su enfermedad seguía cantando tangos y comiendo lo que le ponían por delante; mucho más que todo eso sentía la presencia de un deseo poderoso enredado entre las pantorrillas, más finas, más tersas cada vez, de qué me sirven, pensó una noche en que estaba esperando que Arturo terminara el catecismo y de pronto decidió que seguir esperándolo era muy idiota y se marchó. Volvió a su casa, se peinó y con un calor desconocido que la hacía tratar a prisas por el zaguán primero, luego por la calle, tocó el timbre en la casa de Cacho. Esperó. Algo debió de haber visto en sus ojos el compinche, porque también él se puso todo colorado, apenas si tuvo tiempo de calzarse las "pampero" y la corrió, pegado a sus talones hasta llegar al paredón.

La Negra no pudo decir nunca que aquello fuera demasiado lindo ni fue del todo. Pero Cacho hizo lo que pudo. Eran los besos y los abrazos de los catorce años y algunos forcejeos, la mano corriéndose bajo el delantal y los focos de los automóviles que molestaban porque ya el gusto por aquello se le hacía insoportable mezclándose dolorosamente con la cara pálida de Arturo, su boca seca, una tarde le había sentido sobre la piel de su mano mientras jugaban a los pistoleros, ella había sentido el aliento y la boca seca de Arturo y ahora era de nuevo una mezcla de dolor y ganas, y sobre todo la firme convicción de que tenía que irse para que Doña Lola se muriera de pena y su vida comenzara de una vez.

Bautizaron a Arturo, un instante antes de su primera comunión.

(Continúa en pág. 20)

LA SEÑORITA... (de pág. 19)

El cura visitó al almacenero anarquista, pero no pudo pasar del mostrador. La Negra y Doña Lola, agazapadas en la cama compartida escucharon la última pelea. La madre de Arturo mandó al demonio a todos y desapareció. El cura se mantuvo firme y se llevó a Arturo consigo. Era una noche al fin del verano en el mes de marzo cuando el calor se mantiene todavía demasiado fuerte. También la Negra había escuchado con fervor los gritos que le llegaban desde el frente; había sudado toda la tarde. El calor le gustaba. Cuando chica, antes que le ocurrieran todas esas cosas, había esperado con deleite la llegada del verano y con el verano la promesa del baldío, de las chapas de cinc y los racimos de uva que robaban en la casa de la esquina. El verano siempre era una versión de Arturo. Pero ahora había que saber tomar lo que ocurría con tranquilidad y quien sabe por eso ni esperó a que su madre se durmiera para salir a la puerta o espiar la gente que pasaba. La cancel y el zaguán con una tentación hermosa. Al pasar frente al vidrio se descubrió cómo la veían los otros. Los hombres iban a ser corderos para ella, hombres enteros no un chico asustado por los faros como Cacho, hombres como uno que pasaba ahora por la puerta. Se asomó para sostenerle la mirada. Sólo mirarlo lo hizo pasar una corriente por el cuerpo. Los hombres, dijo. Se rió bajito pensando sin saber por qué, qué haría cuando su madre se hubiera muerto verdaderamente. Ya estaba muerta a medias, era verdad y es posible que hubiera estado medio muerta siempre. El tipo pasó otra vez, pero era otro y manejaba un auto grande y verde. Desde ese momento supo que para ella un hombre u otro sería igual, se parecerían tanto entre sí que sonreírle a uno sería desde entonces una especie de sonrisa universal. Como la Negra le sostuviera la mirada, el del auto verde clavó las ruedas sobre el asfalto que aún conservaba el calor del día. Hizo retroceder el coche, se asomó. Lo último que oyó la Negra fue la pelea nocturna de los almaceneros y el aullido de una rata arrastrándose en el patio. Creyó escuchar que el tipo preguntaba al asomarse si darían una vuelta. Y aunque no sabía todavía, dijo que sí y sonrió.

Después todo tomó un aspecto de normalidad envidiable. Ella se puso más linda si eso era posible y como Doña Lola mejoró y comenzó a insultarla no tuvo más remedio que dejar la casa. El cura había encontrado para Arturo una habitación en casa de sus padres y la Negra alquiló su pieza en la misma cuadra. De ese modo podían verse cuando uno y otra salían por la tarde a caminar, a veces los domingos, a tomar el sol. Arturo trabajaba en la boletería del cine y estudiaba con el cura. La Negra hacía la calle. Pero a veces se encontraban y no podían menos que ponerse a recordar. Y en esas ocasiones aquel viejo sentimiento, aquel dulce arroyo en el que se sumergían afloraba en ellos, asomaba un rostro victorioso y Arturo y la Negra comprendían y se separaban.

El tiempo sólo modificó en parte las viejas situaciones. El párroco no soltó nunca la pieza singular con que se cobraba y Arturo se sintió bien y feliz. Dios le mostró un rostro reservado y la vieja iglesia ya no fue el sitio de descanso, sino la fortaleza de la fe. Supo que iba a ser cura, también él. Y creyó bueno y oportuno confesárselo a la Negra una noche de domingo, una de tantas junto al paredón de Argentinos Jüniors en el que sólo habían cambiado los carteles, pero nunca las feos y eternos alusiones. Estaba habituado a verla por allí con sus otras tristes y lindas compañeras de oficio. Eran fieles cumplidoras. Por la noche, cuando él regresaba, del cine en un principio, del nocturno después, por el que pasaba para ir al seminario finalmente, allí estaba la Negra cumpliendo con su vida, haciéndose como que no lo conocía si se encontraba de servicio. Triste y linda mujercita que había encontrado un hueco sobre el paredón, donde la luz del farol la iluminaba, para mostrar bien lo linda que era, con frío o con tormenta, la paciente muchacha de la esquina, allí estaba en valiente exposición al alcance de los buenos hombres. Ese domingo, sin embargo, a pesar de que estaba acicalada a su manera, Arturo la detuvo, la tomó del brazo y le habló ante el asombro de las otras que se alejaron asustadas.

—Pero, Arturo, pero Padre, dijo la Negrita.

Se estremecía la pobre de susto, de emoción. Se retorció bajo su brazo. Y él que no llevaba sotana todavía la arrastró tras de sí con un impulso único y vital que le venía por primera vez, tenía que hablarla, que embromar, ella iba a saber esa pobre oveja, esa chica querida, esa endiablada y bonita pasajera del placer que se hacía la zonga cada vez que él pasaba con los ojos bajos hacia el seminario.

Estaban juntos otra vez. Podían sentirse el olor de la piel, el calor, el susto común, el íntimo aliento. Sobre el baldío se escurría la luna y algún chico iba a descubrir su temblor sobre el agua fangosa de los terraplenes. El caliente cobertizo, el frío, el verano.

—Voy a hacerme cura.

La Negra tenía los ojos como dos ciruelas y él hubiera jurado hasta entonces que se los había conocido verdes. Pero eran ciruelas

y se retorció de amor y de dolor pegada a la pared como había fornicado tantas veces, pobre ramera de barrio, mina triste, que ahora se estremecía de amor, por esa única y penetrante vez, de su amor único por aquel espléndido zongo que se despedía de ella y que juraba amar a Dios mientras la besuqueaba estremecido, ardiente como el chico del baldío, como todos los hombres ardían junto a ella, esta vez era Arturo el que ardía y claro, su ardor no era tal porque era amor. Entonces, como buen zongo que era —pensó la Negra poniéndose a llorar, no sabía si de vergüenza o de alegría mientras algo se rompía en ella y le gritaba—, buscó sus senos bajo la blusa fea y escotada, temblaron juntos y él le rogó lo que le rogaban los otros. Pero la luna dejó de trotar y se escurrió del charco. El agua fue fango no más y la luna una de esas simples cosas que el arrabal ignora. La Negra se sacudió sin ceder, desde los pies le subió la chica pobre, solitaria y torva que fuera en los primeros años de la infancia. Le plantó las manos sobre el pecho, le sacó la boca, el borde de sus muslos, los pechos, se encabritó como una virgen y lo separó de sí. No iba a haber frases ni palabras porque hubiera sido idiota romper la íntima comunión de sus dos vidas con un gesto de alarma o de reproche. Él había estado siempre para las otras cosas, la plaza fresca, el cura, el Cristo sin cara de judío, la fe, la santa comunión. Aquella trémula confesión en medio de un abrazo era una fantasía del viejo paredón. Era para otros tipos. Para ella, en último caso.

—Vamos, Padre, murmuró, vamos Arturo.

Arturo la recordó siempre como la voz divina —esos caminos de Dios tan asombrosos—, era la única voz de su amor que se le despedía.

La vio alejarse tropezando sobre la baldosa con sus altos tacones de vampiresa pobre. En la esquina la esperaban las otras dos lindas muchachas, revoloteándole como gallinas, con una gran curiosidad por saber, con un temor horrible de haber sido trameada otra vez. Caminaron por la noche como tres figuras de papel recordándose en la niebla. Era la hora de la vida, de los hombres, del amor a su manera, de los clientes pretenciosos y Arturo recobró junto a la pared su fe intacta y su actitud perdida: el párroco se encargaría de él, era el pecado, el pasado, el amor y la absolución para una próxima victoria. Mientras su pecho se levantaba y bajaba muchas veces, con ansiedad y con sollozos, se alegró de que fuera la Negra quien lo llevara de la mano.

Y todavía se vieron, repetidamente. Cada noche de domingo al regresar al seminario, las tres muchachas de la esquina se volvían a tiempo para no encontrar sus ojos. La Negra, sobre todo que parecía encabezar el grupo. Cuando no estaban de servicio lo saludaban tímidamente. Y Arturo fue bueno y leal y respetó la tierna complicidad establecida con las tres mujeres. Con una, sobre todo, que casi era la suya de haberla tenido, la Negra tersa y linda que se le ofreciera tantas veces, pero que era inútil, de algún modo, como es inútil en la vida casi siempre tratar de desprendernos de aquello a lo que estamos adheridos. Hubiera sido suya. Por eso la tarde en que lo ordenaron sacerdote, quiso que ella sobre todo estuviera allí, con la cara limpia de afeites y como una muchacha natural. Y también estuvieron las otras, orgullosas por reflejo sin sacar los ojos cándidos del hombre que se hacía cura, del altar iluminado y de la llama de la lámpara votiva. La Negrita aguantó hasta el fin la implacable ceremonia. Y como quien da el último vistazo a su tarea invitó a sus amigas a tomar una taza de café y a pasear por la calle —libremente— como en su día franco.

TIEMPOS MODERNOS

ACONSEJA

LEER:



• Poesía:

HECHO A MANO
de María E. Walsh

• Novela:

GRACIAS POR EL FUEGO
de Mario Benedetti

JEAN - PAUL

SARTRE

ACERCA DE LA NOCION DE DECADENCIA



Hablaré con gusto de los problemas de la decadencia, porque es necesario disipar todavía ciertos malentendidos, no con ustedes, sino con algunos amigos comunistas, por ejemplo, escritores soviéticos que en ocasión del encuentro de los escritores europeos en Leningrado, insistieron frecuentemente sobre el tema de la decadencia del arte en la sociedad capitalista. Les diré por qué razón el concepto de decadencia nos molesta tanto en nuestro trabajo. Es necesario someterlo a prueba muy seriamente, o superarlo. Ustedes han dicho con toda justicia que Checoslovaquia es el lugar de encuentro de brillantes tradiciones culturales con el pensamiento marxista, que aún debe desarrollarse. Así podremos precisar el papel que puede desempeñar la decadencia. En el Oeste hay también gentes que, individualmente o en grupos, representan lo que Checoslovaquia es en su conjunto. Son intelectuales progresistas, comunistas o no. Entre todos los ejemplos esquemáticos que podría citarles, tomaré mi propio caso.

Nací en 1905. Fui educado por mi abuelo que era profesor y que, por supuesto, compartía las ideas del siglo pasado. He vivido en un mundo donde dominaba la literatura simbolista y el arte por el arte. Adopté todas estas ideas, luego, continuando mi desarrollo, absorbí la filosofía occidental que estudiaba. Progresivamente me fui separando de ella, pero conservé algunos elementos de su cultura. Así llegué lentamente al marxismo, con todo el bagaje cultural que había adquirido previamente. Creo que fue la lectura de Freud, Kafka y de Joyce (cito estos tres nombres ya que fueron los más frecuentemente nombrados en Leningrado) además de otros factores, lo que me condujo al marxismo. Cuando veo que en Leningrado ciertos intelectuales del Este condenan como "decadentes" a estos tres escritores sin establecer la mínima sutileza porque pertenecen a una sociedad decadente, me parece que al mismo tiempo mi cultura personal queda fuera de la ley, y que

debo, en consecuencia, excusarme ante mis amigos soviéticos por haber leído a estos tres autores, por haberlos conocido y amado. Desde el momento en que el concepto de decadencia entendido así aparece en la boca de ciertas personas, aplicado por ejemplo a Joyce, este concepto se vuelve absolutamente formal para quienes no han leído a este autor. No se trata pues, entonces, del estudio de la cuestión en el fondo, sino del estudio de la cuestión del punto de vista táctico. Quienes la aportaron, los del Oeste, quienes han sido invitados a una reunión así, permanecen inútiles. Y sin embargo, ellos mismos han intentado ya eliminar lo que pudiera haber de verdaderamente burgués en estos autores, lo que una sociedad socialista no sabría aceptar, tratando al mismo tiempo de tomar y de conservar sus aportes, que aún hoy día son válidos para todos nosotros. Este trabajo podría cuando menos, ser tomado en consideración, ya que podría servir a la confrontación y a las luchas entre el Este y el Oeste. No creo que los escritores progresistas occidentales hayan contraído ninguna enfermedad especial por haber leído a cierto número de autores como Proust o Kafka; todo lo contrario, y es precisamente a pesar de eso, o más bien a causa de ello, que convertidos en progresistas y marxistas tienen la facultad de dialogar. Esto no significa que nosotros tomemos por nuestra cuenta todo lo que han escrito estos autores, no significa tampoco que un auténtico marxista no pueda enseñarnos a considerarlos desde otro punto de vista. Son otros tantos testimonios más para una síntesis viva surgida de las divergencias y de las discusiones. Creo que en las discusiones no debemos rechazar a la gente que yo represento, si queremos verdaderamente que el marxista, cuando hable con los burgueses anti-marxistas, tenga a su disposición mediadores, es decir, gente que tenga la misma cultura burguesa pero que le son opuestos, mientras que los escritores soviéticos han tenido una cultura

y una tradición completamente diferentes.

Me parece que en primer lugar es necesario rechazar "a priori" el concepto de decadencia. Evidentemente la decadencia existe. Hubo un período al final del imperio romano del cual se puede hablar de decadencia de arte, por la sencilla razón de que los artistas se detuvieron en los progresos formales. Los grandes escultores de este período fueron incapaces de reproducir el trabajo técnico de sus predecesores. Uno de ellos decía: "sé hacer un hombre, sé hacer un caballo, pero no puedo sentar al hombre sobre el caballo". Al mismo tiempo desaparecieron ciertas formas de artesanía. Todo esto estaba ligado al hecho de que la sociedad se dividía en clases, y ya no tenía la capacidad para crear nada nuevo. No es pues, sino sobre una base estrictamente artística que la decadencia puede ser justificada y definida. A la pregunta: ¿puede el arte ser decadente?, contesto: es posible, a condición de no juzgar sino únicamente de acuerdo con su propio temperamento artístico. Si quisiéramos demostrar que Joyce, Kafka o Picasso son decadentes, tendríamos que hacerlo, ante todo, en base a sus obras. Solamente entonces —y es éste un gran problema marxista— podríamos comprender, partiendo del contexto histórico y de las estructuras globales de la sociedad, cómo se llega a tales fenómenos. Si aplicamos este método a un autor dado, a un momento dado, concluiremos que el concepto de decadencia no desempeña un papel sino en muy raros períodos. Decir que los autores que nos ocupan son "decadentes" porque viven en una sociedad decadente, sería tanto como poner la carreta antes que los bueyes, porque cada vez más adquirimos la convicción de que al capitalismo se le hace la vida dura. ¿Podemos verdaderamente decir a la hora actual que el capitalismo está quebrado? No sé, habría que estudiarlo más de cerca. El capitalismo deberá, en principio, perecer por el simple hecho de

(Continúa en pág. 26)

EL bastón CRITICO



Cuidado con los poetas, que muerden - Julio Cortázar

INSTITUCION

Después de un estrepitoso y publicitado certamen electoral, Cayetano Córdova Iturburu reemplaza en el sillón de Lugones a Don Fermin Estrella Gutiérrez. Las primeras medidas de la nueva comisión tienden al diálogo y al trabajo en común. La SADE parece adquirir así derecho de ciudadanía entre TODOS los escritores (salvo aquellos ocupados en tareas mucho más expeditivas e inmediatas que escribir; hacer revoluciones, por ejemplo). Esa situación, nacida de la última elección (donde fue unánime el repudio antimacartista y la defensa de la autodeterminación de los pueblos) debe ser mantenida y ampliada. Respecto a la demostración a Estrella Gutiérrez por su valiente actitud en la asamblea electoral, creemos debe ser extendida a toda la comisión, en la que sabemos hubo integrantes que lucharon compulsivamente en igual sentido.

PIRUETAS

En el periódico **ALBERI** —periódico de activa y valiente militancia humana— hemos leído la nota que abajo reproducimos y que dice, bajo el título de "Las piruetas de la gran prensa" lo siguiente:

Cuando Napoleón escapó de la isla de Elba, volviendo a Francia, el diario francés "Le Moniteur" anunció el suceso en la forma siguiente:

El primer día:

"El monstruo ha huido del lugar de su confinamiento, la isla de Elba."

El segundo:

"El dragón corzo ha desembarcado en el cabo Juan."

El tercero:

"El tigre se ha mostrado en Gap. Las tropas leales están avanzando por todos los flancos para detener su progreso. No cabe duda que terminará su aventura miserable transformándose en un vagabundo de las montañas; no tiene posibilidades de escape."

El cuarto:

"El monstruo ha llegado, sin embargo, hasta Grenoble. No sabemos a que traición atribuirlo."

El quinto:

"El tirano está en estos momentos en Lyon. A su paso siembra el terror por todas partes."

El sexto:

"El usurpador se ha aventurado a acercarse a sesenta horas de marcha de la capital."

El séptimo:

"Bonaparte está avanzando a marchas forzadas; sin embargo, es completamente imposible que llegue a París."

El octavo:

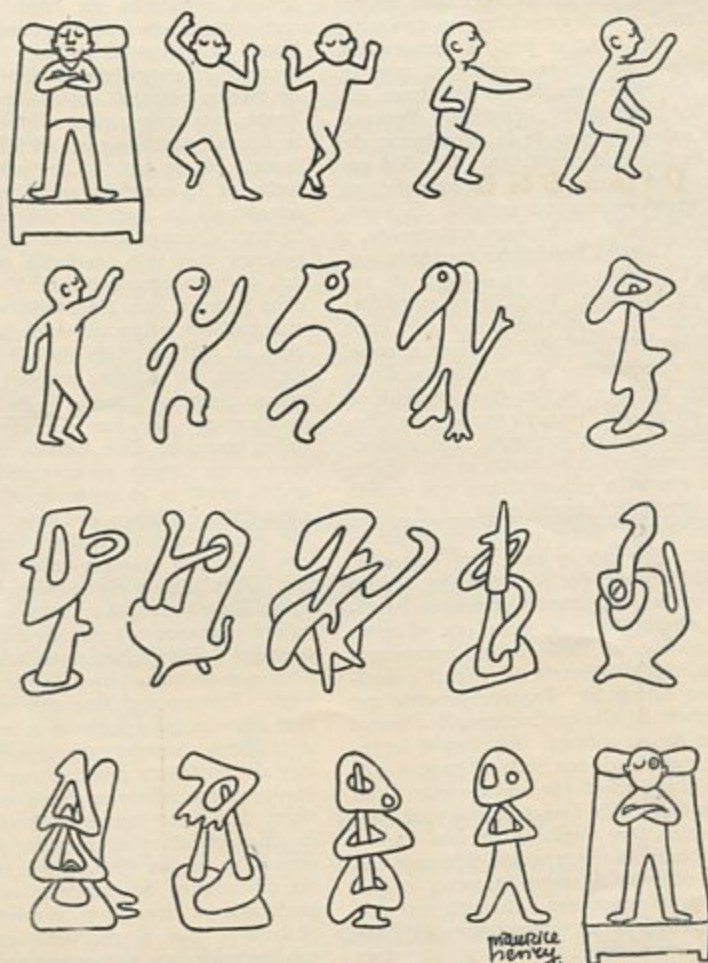
"Napoleón llegará a las murallas mañana."

El noveno:

"El Emperador está en Fointanebleau."

El décimo:

"Ayer por la noche su Majestad el Emperador hizo su entrada pública y llegó a las Tullerías. El júbilo de la población es indescriptible."



DANZA DEL SONÁMBULO
M. HENRY

PENSAMIENTOS

SIN

PEINAR

de Stanislaw Jerzy Lec

...La mordacidad de Stanislaw Jerzy Lec es ya proverbial entre los lectores polacos. Su enorme capacidad de sátira, aun dentro de un excesivo refinamiento intelectual, le ha ganado una singular reputación dentro de la literatura contemporánea de su país hasta el punto de que sus libros, en largos tirajes, se agotan a los pocos días de su edición. Stanislaw Jerzy Lec nació en Lvov en 1909 y desde su juventud participó en la izquierda revolucionaria. Durante la ocupación nazi actuó en el movimiento clandestino. Después de la guerra trabajó un breve período en el servicio exterior para luego dedicarse enteramente a las tareas de creación. Algunos de sus aforismos, que él mismo llama "pensamientos sin peinar", los reproducimos ahora para nuestros lectores.

"Poblar el mundo es fácil. Despoblar el mundo es fácil. ¿Dónde está entonces la dificultad?"

"Siempre temo a los que reclaman el gobierno de las almas. ¿Qué hacen con los cuerpos?"

"¿Y qué dices de esto, Física? El enfriamiento de las relaciones entre los hombres viene de las fricciones entre ellos".

"La humanidad hace progresos. Cada vez se juzga de modo más humanitario a los genocidas".

"A veces es más fácil conceder un premio que la razón".

"Cuando el pueblo no tiene voz se ve incluso al cantar los himnos".

"La disciplina del arte exige libertad".

"A veces hay que identificar al abandonado por las huellas digitales que dejó en el asta".

"Algunas ideas vienen a la cabeza con escolta".

"Se cumplen nuestros sueños más audaces; le ha llegado el turno a los tímidos".

"Si hay una falta en el error, puede suceder que todo esté en orden".



1

TIEMPOS MODERNOS ha reafirmado muchas veces la esencial justificación de una revista literaria: abrirle caminos al diálogo y dar el hombre en el centro mismo de esa comunicación por medio del más auténtico y válido de sus lenguajes: el arte. TIEMPOS MODERNOS se ha singularizado por la permanente atención que presta a los actos de la cultura, no sólo por lo que éstos significan como actividad creadora sino, también, y sustancialmente, en lo que respecta a la directa relación entre el autor y el público. En esta página damos testimonio de esa actividad: varios actos organizados por nuestra revista o en los que nuestra revista se vio representada, signan, claramente, aquellos objetivos mencionados.



7

PRESENTACION DEL POEMARIO DE ALICIA TAFUR: *De lo que está en la sangre*, con la intervención de Fernando Quiñones, Beatriz Matar, Haydée Padilla y, por ausencia de Abelardo Castillo, Arnoldo Liberman. En librería Falbo, Editorial Stilcograf.

DIÁLOGO

1. M. LYNCH - 2. R. RELMAN -
3. A. TAFUR - 4. M. BENEDETTI -
5. SUSANA RINALDI -
6. BEATRIZ MATAR -
7. F. QUIÑONES

PRESENTACION DEL POEMARIO DE ALEJANDRO CHAROSKY: *En los renglones del viento*, con la intervención de César Tiempo, Susana Rinaldi y Rodolfo Relman. En Galería Rubio. Editorial Stilcograf.

PRESENTACION DE LA NOVELA DE MARIO BENEDETTI (nuestro corresponsal en el Uruguay), *Gracias por el fuego*, con la intervención del autor, Benito Milla (editor), Martha Lynch, Margarita Aguirre, Pedro Orgambide, Iverna Codina e Haydée Jofré Barroso. En Librería Tres Américas. Editorial Alfa.



6



2



3



4



5

ABELARDO
CASTILLO

CRONICA DE UN INICIADO

novela

capítulos XII y XX

Esteban Espósito, que narra en primera persona, es el personaje principal de **CRONICA DE UN INICIADO**, la novela que próximamente publicará Abelardo Castillo. Su primera novela. Años de trabajo, de laborioso andar a la creación, han dado por resultado lo que, entendemos, es una de las mejores obras de la novelística rioplatense. Conocimos, página a página casi, el crecimiento de esta "crónica", conocimos cuánto hay en ella de pasión y lucidez, de trascendencia y de juego, de amor a la literatura. Muchos la defenderán con todo, muchos seguramente la atacarán, pero algo sobrevivirá ambas contingencias: la rigurosa lealtad de Abelardo Castillo a sí mismo, su delirante y a la vez singularísimo modo de estar en la tierra. Por lo cercano puede resultar sospechoso este ropaje de testigo; por lo cercano, no obstante, digo lo que es, sencillamente, una convicción: la segura permanencia de esta novela. Adelantamos para nuestros lectores dos capítulos (el XII y el XX), disímiles entre sí (monólogo interior el uno, semejante a un retrato onírico; agresivo y seco el otro, en su anécdota compulsiva). Que sirvan para dar una idea aproximada de esta **CRONICA**

A. L.

CAPITULO XII

Ignacio Soriano: sujeto de unos treinta y dos o treinta y cuatro años, de ojos afiebrados y pelo muy negro. Había en su aspecto algo desagradable, levemente repulsivo. Era pálido y, al mismo tiempo, moreno; combinación que le daba un matiz verdoso, enfermizo. Sin embargo, para algunas mujeres, debía ser atractivo, o quizá lo había sido años atrás. "Me odia", había pensado yo la noche anterior, en la Biblioteca; y ahora, cuando salíamos del Pabellón España, pude comprobarlo. Verónica acababa de preguntarme si yo creía en la Astrología y yo estaba diciendo por supuesto, y también en la quiromancia y hasta en la magia verde; el mongólico profesor Urba, desde lejos, me miraba sonriente. Entonces vi que él, Soriano, se acercaba al grupo; es decir, a mí. Instintivamente quise apartarme, pero la señorita Ethelvina, que había sorprendido mi sonrisa, me preguntó si conocía al profesor Urba, y Soriano ya estaba a mi lado. Tuve la misma idea absurda que había tenido antes, al ver al astrólogo por primera vez: pero tampoco alcancé a darle forma y, mientras interiormente me pertrechaba contra la agresividad de Soriano, dije que sí, que conocía al doctor Urba desde mi más tierna infancia. Cómo no iba a conocerlo, agregué, si era nada menos que mi padrino, y, ya en pleno disparate, estaba a punto de inventar cualquier historia que desorientara a la vieja, cuando Soriano dijo:

—Vos sos autodidacta.

Lo dijo de pronto, sin preguntarlo; pero como si hubiera hecho una pregunta. Me odiaba profundamente, era cierto. No respondí de inmediato. Saqué cigarrillos y le ofrecí. Él aceptó.

—Sí —dije—. ¿Por?

—Se nota —sonreía, se rascó la mejilla con un gesto nervioso, rápido, una especie de tamborileo—. Se nota por el modo de hablar. Los autodidactas son tipos curiosos, ¿no? Quiero decir, raros. Saben cosas, muchísimas. Citan textos, autores. Como si quisieran apurarse a demostrar que han leído cantidades de libros. Me parece.

Lo decía siempre sonriendo, con una voz casi acariciante. A nuestro alrededor se había hecho un vacío que pudo ser casual, pero que me pareció tenso. Detrás creí ver caras divertidas.

—Cierto —dijo reflexivamente—. Nunca había pensado en eso. Cierto —y, con tranquilidad, me volví hacia el jujeño Santiago—. ¿Dónde almorzás?

—Qué.

El jujeño me miró y lo miró a Soriano.

—Dónde almorzás —repetí.

—En un bodegón que hay cerca del hotel. La comida es tan asquerosa que el único modo de no sentirla es tomar vino.

Soriano había dejado de sonreír; aquello lo desconcertaba. Santiago se acercó.

—Hablábamos de los autodidactas —expliqué sorprendentemente, retomando de golpe una cuestión que parecía terminada, como quien finje haberse agachado para anudarse el moño del zapato y levanta del suelo un adoquín, y la muestra. Soriano me miró de arriba a abajo. Proseguí. —Este hombre, fijate, adivinó que no soy universitario. Me dio justo en el complejo —me reí con repugnante cordialidad—. En serio. ¿Tomamos un café en el barcito, mientras la seguimos? Por eso, siempre, a los muchachos que se afician a la literatura y me preguntan si deben o no seguir Letras, o Filosofía, les digo que sí. Vos estudiaste Filosofía, ¿no?

—Sí —dijo Soriano.

Habíamos entrado a uno de los bares de la Universidad; una especie de cocina de campaña, con una mesa larga y bancos de tabla. En algún sitio, el mostrador, como un fogón.

—Es importante. Da un método. No hay cosa más importante que un método. —Qué opinás —le pregunté a Santiago.

Santiago dijo:

—Déjame de joder a mí con los métodos.

Habló casi con violencia: se sentía, creo, defraudado por mí. Antes de que Soriano pudiera decir nada, agregó que los cuatro o cinco cosas más o menos importantes que se han hecho en este país, las que nos salvan, dijo, de que nos recojan con una pala de juntar bosta y nos tiren a la basura, ni sumando todos los años de colegio de los analfabetos que las hicieron, ni así, alcanzan para armar a un alumno de sexto grado de la escuela primaria.

Soriano estaba indignado. Un tic colérico le hacía morder los labios. Nos odiaba, a los dos ahora, pero sobre todo a mí, porque el jujeño, sin querer (o queriendo) se echaba al hombro mis palabras, exagerándolas, volviéndolas procaces e injuriosas: palabras que en cierto modo yo le estaba dictando, porque me defendían, pero que él pronunciaba como si fuera yo quien no podía estar de acuerdo con ellas, yo, limpio, usándolo al jujeño y juzgando con ecuanimidad desde lejos. Entonces, creo que por primera vez, reparé verdaderamente en el profesor Urba, en su sonrisa y en sus ojitos. "Dorados", pensé, "ese hombre tiene los iris dorados".

—No seas ridículo —respondió Soriano—. Eso es mirar el culo de los hechos, de la realidad. Si hay tres o cuatro cosas importantes, como vos decís, no es justamente por eso.

—Eso —dije con calma—. Perdóname, pero no entiendo. Eso qué, cuál eso.

—La falta de formación, señor; la falta de una cultura seria, universitaria.

Santiago dijo algo así como que quién le había hecho creer que ser universitario y ser culto, y además serio, eran la misma cosa. Yo intervine nuevamente, sin levantar la voz, lo cual obligaba a Soriano a hacer un esfuerzo por escucharme, a querer escucharme. Dije que estaba de acuerdo con los dos.

—De acuerdo —dije—. Me parece que tienen razón los dos, en algún sentido. Porque, aparte de que Santiago nunca ha dicho que Arlt, pongo por caso, que Arlt si hubiera sido universitario se habría vuelto imbécil; ni que la falta de cultura es lo que hace grandes a los hombres, yo pienso que cuando se da un tipo genial, un Sarmiento digamos, o un Hernández, o ponele un Unamuno, puede ese tipo, indistintamente, criar chanchos, ser consejero áulico en Viena, doctor en Filosofía o recauchitador de cánulas de caucho. Y en ese sentido, pese a que admito que los autodidactas, y me incluyo, los autodidactas tipo Joyce, como diría Virginia Woolf, son una especie de plaga y son pedantes, inflados de pedantería hasta reventar, chocantes, creo que fue lo que dijo Virginia Woolf, y son confusos, y están llenos de lagunas; en ese sentido, digo, todos los tipos geniales son más bien autodidactas. Unamuno, y ya que lo nombré: se doctoró en Salamanca, de acuerdo. Pero también todos estamos de acuerdo en que ahí no aprendió a angustiarse, a ser original de puro angustiado, como

le gustaba decir a Kierkegaard. Y Arlt, que tiene escenas escritas por Sartre o Joyce, desde clavarse cuchillos en la palma o oler caca o meterse los dedos de la mano entre los dedos de los pies, sólo que las tiene de antes, Arlt lo mismo. Porque oler caca, lo que se dice oler caca, aquello desgarrador y atroz que hay en el alma de un tipo que hace algo bello e inmortal con un personaje oler de caca, eso, ¿dónde se aprende? en una cátedra de Heidelberg no.

Santiago, entonces, y me pareció que estaba conmovido o quiero creer ahora que lo estaba, dijo de improviso, interrumpiéndome:

—¿Sabés dónde se aprende, Soriano?, ¿cómo se aprende?: metiendo la cabeza en el inodoro, pero sin dejar que la mierda se te meta en el cerebro, o en el alma. O regalándole una oreja a una prostituta como quien corta una flor. Locura, eso es lo que nos hace falta, o una gran pureza. Espiroquetas sifilíticas o preservarnos limpios. Sabés por qué somos mediocres, chango —agregó ahora, hablándome a mí—, justamente porque aspiramos a la cordura, al equilibrio. Somos medio roñosos, medio inocentes, medio putos, medio escritores, medio comunistas, medio fracasados. Yo soy un fracasado, lo admito; pero soy un fracasado con grandeza. Todos estos tipos —agregó en voz alta, señalando a Soriano, y algunas caras se dieron vuelta hacia nosotros, mientras el ademán del jujeño, ampliándose, parecía abarcar no sólo a Soriano, sino a los profesores, al poeta místico, a los muchachos que deambulaban dentro de los claustros y fuera de los límites de la Universidad, y entonces tuve un presentimiento, y me dio miedo, porque el gesto ya no tenía nada que ver con Soriano y se abría sobre Córdoba, y más lejos, sobre el país entero—, todos estos tipos, chango, aspiran a ser fracasados, pero con título.

Dicho esto, se levantó. Soriano no había perdido su sonrisa irónica: apoyaba el mentón sobre el dorso de los dedos en una actitud contraída, fetal. Su mano me recordó vagamente la pata de una gallina a la que se le han cortado los tendones. Se rió.

—Y vos que sos —me dijo.

Verónica, afuera, me llamó con un gesto. Me levanté. Santiago estaba pagando en el mostrador. Soriano se quedó sentado. —Dentro de cien años, volvé —dijo con tono de broma, casi con friolera, y señalé las cátedras y los claustros—. Ahí te lo van a explicar.

Soriano no se inmutó. Yo estaba de pie, junto a la mesa, y él, sentado, me miraba torciendo la cara. Dijo:

—Sos un tipo muy desagradable, sabés.

—Sí, y vos también. Todos nosotros.

—Y le tenés un miedo bárbaro al fracaso.

—No —dijo—. No es eso. Ganas de justificar la vida, fijate. Y no es lo mismo.

Santiago estaba parado junto a mí. Soriano se rió.

—Anotalo, jujeño. Dice frases para la historia.

Se levantó y fue hacia el mostrador. Me daba la espalda. Lo llamé, despacio.

—Soriano.

Se dio vuelta a medias, sin mover el cuerpo; girando sólo la cabeza. El jujeño había salido.

—Qué.

—Para qué todo esto. Por qué.

Volvió a darme la espalda. Después me miró de frente.

—Andate a la puta que te parió —dijo.

CAPITULO XX

Me llamo Esteban Espósito. Tengo 26 años. El cielorraso, las paredes, todo absolutamente inocuo, ni manchas ni rajaduras. Leonardo da Vinci, ante un espectáculo así, habría sentido una gran depresión. Leonardo da Vinci es una excusa, las frases son una excusa. No hay público. Ser sincero, canalla. Esto es Córdoba, bien. Y yo soy Esteban Espósito, argentino de 26 años, estado civil soltero, un grandísimo hijo de puta en el más cabal sentido del concepto. Profesión, escritor. Soñé toda mi vida con llegar a un hotel y en el Registro de Pasajeros del señor Ripul gusano gelatinoso zambulléndose con lentitud dentro de sus pantalones, estampar, junto a mi nombre, la palabra Escritor. Qué importante, qué rareza, oh. Niñas de vestidos vaporosos rodeándote y cantando, o algo así. Me dejaba crecer el pelo, por ejemplo; larga melena heroica primero, luego los versos vienen solos. El mayor peligro que se corre jugando a ser un genio, llegar a serlo. Es fatal, es Ibsen. Y sin embargo, esta desesperación, esta implacable tristeza infinita. No, no quiero. Todo otra vez, viiista al freeentec! Maricón, recluta. Hundirse usted, meterse bien dentro hasta el límite cloacal de tu podrida almita, bello espíritu llamado Esteban Espósito. No olvidarlo: se acabó el juego, voi ch'en-trate laschiai ogni speranza, arder, nadie prueba en joda los famosos y nada románticos y más bien con un siniestro sabor a

acumulado sufrimiento ajeno, amigos míos, los mundialmente conocidos Elixires de DIABLO. Cortina musical de Sibelius. Cuento hasta diez y empiezo, lo juro. No querido, ya, sobre la marcha dirás vine a Córdoba huyéndole a dos cosas, que son la misma: a la espantosa angustia de no ser ya adolescente, nunca más serlo, jamás volver a serlo y cantar por la galerías del Colegio Nacional de San Pedro, pase Espósito, no estudié, y ella mirándote entre orgullosa y seguramente triste pensando él no estudió porque sufre, hace versos y cuánto dios mío, cuánto sufre. Te quiero mucho Ruth, María Mercedes te amo: Amy y para siempre, no me dejes Beatriz no me dejes única. Voy a matarme ahora. Pero nunca voy a matarme, capaz que allá no hay nada. La cara torcida, además, toda llena de sangre, los sesos amarillos sobre la mesa. Como aquella vez del Servicio Militar que ella vino a visitarme el primer domingo y yo tenía ganas de llorar pensando 500 kilómetros por mí, pero ella me miró la cabeza e hizo un gesto, y me sentí ridículo, y pelado, siempre fui el mismo grandísimo pelotudo eso es lo que pasa. Cómo, qué. Lo otro, querido alfenique de 45 kilos convertido para siempre en Charles Atlas, lo otro, la otra parte de las dos cosas que son una, la parte donde se narra la decisión impostergable de quien huyendo a Córdoba dio con la espantosa angustia de no ser ya adolescente y va a tener que aceptarlo. Estás conforme, ahora: me llamo Esteban Espósito. Ni nombre de escritor tengo.

Glup.

Nací hace veintiséis años, el 27 de marzo. Aries. Eran, creo, las ocho de la noche. Signo de fuego, nuevamente oh. Incurable. Pero al fin de cuentas a todo el mundo le fascina su propio signo astrológico, autoafirmación minúscula, cautelosa y democrática megalomanía de bolsillo. Seré tartamudo pero nací en Sagitario. Como sentirse pariente lejano de Pasteur. Menos los de Virgo: tienen vergüenza y dicen qué pavada. "Cuidado con los golpes en la cabeza". No le falta más que la túnica, el Zodíaco dibujado y una especie de juguete enorme, el universo, con planetas y círculos: Urba, doctor Urba. Usted se golpeaba a menudo, hijito, y él ponía ojillos con elle, rendijas o ranuras de alcancía muy tipo doktor Urba, herr profesor Urba. Qué payaso. Pero el hecho es que cada día duele más la cabeza, como si te barrenaran el cráneo o como si te arrancasen algo con una gran pinza de dentista, tirando implacablemente hacia abajo, queriendo desarraigar una muela gigantesca y podrida. Quizá los forceps. Salí todo machucado, hubo que hacerte la cesárea, mamá, y yo heroicamente resistiendo hasta último momento, conmigo no podrán, hijos de perra. Al menos te habrá dolido bastante, grandísima atorranta. Llamame tía y cuidadito con decirle nada a tu padre. Y creo que me daba cuenta, eso es lo peor. Complicidad infantil, Estebancito Celestina de 7 años traidor a la causa del gran Sandokan, su padre, con quien sin embargo navegaba de noche por la Rada de Batavia recuerdo su voz profunda leyendo aboraje, mis tigres, voto a bríos entre el tronar de los arcabuces y las espingardas, sin saber él que yo la llamaba tía y que el avión aquél me lo regaló un tipo. Perdón, papá. Ella también: ahora es un número, pabellón tanto; no pude aguantar la tentación y una vez fui a verla. Sus ojos, sobre todo. Pero además, juego: en el fondo, me gustaría. No seré noble pero vivan las taras familiares: blasón no, ley de herencia. Akutagawa también jugaba, algún día escribir sobre la cordura de Akutagawa. Sólo que, por qué jugaba. Ladino y fascinante demonio de la perversión, chueco jorobadito danzarín y enano que hace leer a Swendenborg, a Nietzsche, a Maupassant. Hacete el loco que te queda lindo. Mi madre, sin embargo, con sus ojos enormes como cuando se sentaba de noche en la cama, de golpe, y me decía: Esteban, tuvo un presagio. Qué es presagio. Un anuncio: ellos vendrán y me llevarán. Y yo pensé quién va a hacerme el café con leche por la mañana, mamá, y tuve miedo. De mañana era buena, diurna. Hacía caricias. Y un día ya no estaba y dije zás, se la llevaron, pero mi primo el Julio estaba diciendo se piantó con un tipo y empezamos a rodar por el suelo, caí de cabeza, creo, pero igual le gritaba retirá lo dicho y ni los tios podían separarme, pero era porque Laura estaba mirando. Sucia carroña gritaba yo. Me parece que uno ya viene con la literatura puesta. Ananke. Los astros inclinan pero no determinan. Como el Materialismo Dialéctico. "Revolución o Astrología", parece el título de un artículo mío: anotar. Algo, sin embargo, puede haber, como la influencia de la luna sobre las mareas, algo así. O sobre las cosechas. Las mujeres, por ejemplo. Lógico. Astro lógico. Mirá Van Gogh, multicolor imbécil cortándose la oreja, loco babeándose gritando imposible imposible. Y Baudelaire. Gogol. Nietzsche, de qué signo. Lenin, en cambio, sólo congestión cerebral. A eso le llamo yo tener los sesos a prueba de espiroquetas. De todos modos, falta mucho. Uno se tiene que ir dando cuenta, Strindberg. Al principio debe ser algún tartamudeo, o temblores, enojarse por cualquier cosa. Las voces, eso es lo raro. Aquella vez en Santa Fe,

(Continúa en pág. 26)

CRONICA DE... (de pág. 25)

pero fue de dormir poco seguramente. Pactemos, lo oí clarito y me desperté. Además, no eran voces. Era pensar con fuerza, como si ahora pienso: "pactemos". Qué. El asunto de los pájaros ya es un poco más divertido. Da risa. Trinos, pajaritos en la cabeza. Qué pavada. Signo, señal. Símbolo y dato. Fuego.

Pactemos.

Fuego.

Un tiempo de roja locura se avecina, ahijadito. Cabalgarás, cabalgarás delante. Igneas yeguas de bronce incandescente, y te dirán Maestro. Allso Sprach Esteban. Bajó una tarde de la montaña al valle, saltando y haciendo dionisiacas piruetas, dando gritos como un sátiro adolescente no, nunca más adolescente. Lo sé. Se acabó el efebo brillante a quien cuidan protectoras matronas Cavarozzis deslumbradas ah llorando su antigua nubilidad en andrajos, pensando lo hubiera amado tanto, el Tiempo el Tiempo. Para mí también. Acepto. Juguetón dios Pan de pueblo chico, basta. Cabeza de ratón, ha muerto. Ecce Homo. La gran quiebra adentro. El límite aquel de la lectura: un punto desde el que es imposible regresar. Nadie regresa. Sólo esto, sólo la letra escrita y yo con ella hasta donde aguante, reventaremos juntos amada mía, aunque no sea lo mismo, aunque el agujero aquí Corazón de Trapo, para siempre. No por nada llegué huyendo, Beatriz, y te encontré Graciela Ludmer alta última de manos largas matadora de la Serpiente. Silencio. El da siete pasos y mirando a su alrededor dice: Homo Fuge. A dónde. Buenos Aires no existe. Buenos Aires es una plaza en Flores, una plaza junto al gran colegio Irlandés de techos rojos. Y su pelo. Buenos Aires era su pelo tan raro por las noches, tan no sé. No parecía real, visto contra la brillazón de los focos. Nunca más. Hoy se cumplió un año atroz me mordí pa no llamarte, Sol de mi vida. Kierkegaard y Regina Olsen. Tania y Discépolo. Esteban y. Pero quedan veinte horas: el saco colgado de la silla está empollando un Pasaje de Regreso. Rectángulo de cartulina esotérico. Ilusión óptica del eterno retorno. Saque un paisaje y el universo es suyo durante veinte horas. Vivir todo otra vez, en veinte horas. Vivir graciamente joven hoy. Un solo día más. Siempre.

Pactar.

Vivir.

Claro, ahijadito. Pactar. Los caballos ardientes y sulfúreos, y Esteban lanzado hacia lo alto, sólo e inexorable.

Me llamo Espósito. No es un nombre.

En efecto, no es un nombre.

Somos mil. El es mil. Un millón. Legiones de argentinos se frustran sistemáticamente cada tantos años, a la misma edad. Dejarlo que reviente. Viva el fracaso. Veinte millones de frustrados te saludan, viejo discepolín. Adelante, hundirse usted. Confesar me llamo Espósito, que no solo no es un nombre literario sino, siquiera, un nombre de ninguna especie. Algún antepasado mío, seguramente, fue arrojado a la alcantarilla y de allí lo reco-

gieron. Aunque quizá ésta también es una idea romántica. Deje-mos la alcantarilla, entonces. El hecho es que un hombre remoto cumplió también su mayoría de edad y al salir del orfelinato el Señor del Escritorio dijo: atención, guachito, ahora vamos a darte un apellido. Te llamarás: Espósito. Con equis. Y él, que seguramente tenía el humor siniestro de casi toda mi familia, pensó: gracias, Spicciafuocco es peor. Y salió a la calle. Y miró en torno y dijo: todos los argentinos somos un poco expósitos. Guacho: guacho. Un internado de tres mil kilómetros y pico por mil setecientos. Lo cual explica muchas cosas, entre otras, nuestra admirable falta de orgullo nacional y nuestro desmesurado amor a la Madre, vieja viejecita yo le canto desde aquí esta zamba que una vez le prometí, zambita ha "i ser la primera. Pa que se acuerde de mí. Veamos, reflexioné. Ontología patria. Esteban Ixpayacoc, el abuelo cósmico, intenta ahora echar raíces. Descubre: himno nacionales que celebra de los rudos campeones los rostros. Marte mismo parece animar. No es un himno, es una payasada. Febo, después, que asoma. Sordoruido oír se deja de corceles: ñatos matungos petizos y unos paisanos chuecos y corajudos, que vienen a ser la huestes. Cero en Historia. Deporte típico: foot-ball. Balompié, es peor. Boca Juniors. Algo así como un concubinato monstruoso entre Humberto Primo y la reina Victoria. Si hasta él, zorral criollo, el bronce que sonríe, viejo Carlitos cómo nos hiciste eso de nacer en Francia. Habría que hacer todo otra vez, dijo. Y creció. Y se multiplicó. Y perdió la equis. Y en la conmoción oscura y violenta de una primavera pueblerina: el Gran Misterio del Galpón sobre las tibias amarillas pajas. Ellos, los microzoos metafísicos, conmigo a la cabeza. Eran miles. Son miles. Cientos de miles arremetiendo juntos. Nadie, nunca, imaginó jornada más gloriosa. Trompetas de epopeya conmoviendo al mundo, y él, Güemes microbiano, Estebanzoides, dando feroces alaridos épicos. Los otros rodearon los últimos reductos, de cabeza se lanzaban, hasta que las resistencias cayeron fragorosamente, y yo, que entonces era él, advertí de pronto la grieta franca y enigmática: Abranse!, debí gritar mientras pensaba y ahora, qué. Me derrumbó la noche. Oremus. Estebanzoides ha muerto. Te llamarás Estebanfeto. Bien. Y él meditó. Encogido sopo, filósofo uterino, reflexionó acerca de profundos misterios. Quién, qué soy, se interrogó clamando en la honda noche húmeda, de dónde vengo. Para qué. Creció y dijo: oh lejona irrecuperable infancia, yo era el alegre delfín cola de pez había sitio en el universo para mí y ahora todo tan remoto y sumergido. Voy a morir, lo sé. Lo último que sintió fue una presión formidable y un estallido. Lo deslumbró la muerte mientras pensaba y ahora, qué. Nací el 27 de marzo de hace veintiséis años. RIP. Te llamarás Esteban Espósito. Y ahora, qué.

Los caballos últimos, la alta yeguada espléndida, hijito, el huir para siempre de los perros sombríos que vienen con la repetida muerte: no hay más que esto, esta disparada vertiginosa hacia el Estebanfuego. Inexorable y solo. Expósito.

NOCION DE DECADENCIA (de pág. 21)

la oposición entre la baja del poder de compra y el crecimiento de la producción; pero vemos que los trusts se han adaptado y continúan viviendo. El capitalismo me parece tan inhumano y vil como antes, pero no veo por qué deberíamos considerarlo como "decadente", si se le compara con el capitalismo de las familias del siglo XIX. No quisiera afirmar tampoco que el marxismo científico está en quiebra, en virtud de su aspecto esquematizado que durante mucho tiempo ha tenido vigencia en las sociedades socialistas en el tiempo del culto a la personalidad. Yo diría entonces que el pensamiento marxista había sido falseado, dogmatizado. ¿Por qué deberíamos usar el término de decadencia cuando nada lo justifica, simplemente porque el marxismo, en ciertos casos, y en ciertas personas, o en ciertos grupos, por razones incluso prácticas y políticas, había perdido el aliento? Hay en cambio otros campos en donde se ha desarrollado. Hay otras personas que lo han desarrollado y es evidente que cada día aumenta su fuerza. No hay, pues, ninguna relación con la decadencia del arte romano que significaba una ruina absoluta. Sobre las ruinas del arte romano se erigie-

ron los artes bárbaras, pero en el presente caso no verificamos nada similar. Por estas razones yo desearía personalmente que el concepto de "decadencia" sea sistemáticamente apartado de la discusión entre el Este y el Oeste, y que no sea utilizado sino cuando la decadencia artística sea realmente constatada, haciendo abstracción de los slogans demagógicos. De no ser así, pienso que este concepto no es realmente marxista y que no sirve de nada en nuestra discusión. Nosotros los hombres de izquierda occidentales, no podemos aceptar que algunos autores que han estado a la base de nuestra formación y a los cuales no podemos renunciar como por ejemplo Proust, Kafka o Joyce sean considerados como decadentes, porque ello significa al mismo tiempo la condena de nuestro pasado y la negación de todo aporte por parte nuestra a la discusión. En el Instituto Filosófico de Moscú se me dijo que en una sociedad en descenso diversas direcciones podían ser tomadas, siendo una de éstas la dirección progresista. Así pues, si un artista forma parte de un movimiento progresista, no es decadente; si no, lo es. Esto es una enorme simplificación. Porque si existe una dirección progresista en lo que se llama una sociedad decadente, ésta debe necesariamente influir en un cierto número

de artistas que no son progresistas en la vida práctica, pero que son conscientes de las contradicciones y deben adaptarse a ellas como mejor pueden. Repito: yo desearía por mi parte que el concepto de decadencia sea apartado de nuestras discusiones; insisto en ello porque es un problema del cual depende la colaboración con la izquierda occidental.

Aceptar el concepto de decadencia significa en el fondo, que se le retire el derecho de hablar, a menos que no se trate de gente que adhiera claramente al marxismo como lo he hecho yo mismo, por ejemplo en los últimos 15 años. Si refutamos este concepto o si por lo menos lo reservamos para un estudio serio y detallado con la ayuda de los mejores criterios, significa que una cultura de izquierda podrá entrar en contacto con otra cultura de izquierda. Finalmente, ¿por qué disimulármolos? Hay cierta contradicción en la Coexistencia. El verdadero problema no reside en oponer un escritor de derecha: un escritor de izquierda, estos dos no se encontrarán jamás. El verdadero problema está en saber si la izquierda del Oeste puede o no entenderse con la izquierda, con los socialistas del Este, y si será posible establecer un frente común.

(Tomado de la "Nouvelle Critique".)

El bastón CRÍTICO

Félix

Grande

LONDRES, 10. — La princesa Ana de Inglaterra, que ingresó en una clínica de Londres, ha pasado buena noche y se repone en forma satisfactoria de la fractura del dedo meñique de la mano derecha, que hizo necesaria su hospitalización, según ha anunciado el palacio de Buckingham. La princesa se hirió mientras montaba a caballo en el colegio de Benenden, en el que cursa estudios. La Reina, que se encontraba en el palacio de Sandringham, regresará esta tarde a Londres para visitar a su hija. (Afp-Efe.)

Diario PUEBLO. Madrid,
9 diciembre 1964.



VOTO

¡Guay, dolor! La princesita,
pobrecita,
fracturádose ha su hueso.
Tiénelo vendado y tieso
cual doliente estalactita.
Como digo: pobrecita,
¡Médicos: un sacrificio;
no sosiegue vuestro oficio!

(Un dedo es un dedo. Un dedo
no es nunca menos de un dedo.)

La Reina visitarala
para hacerle
protocolo y compañía
en la fría
protosala
de un hospital de Inglaterra.
¡Que tiemble toda la tierra
con horror
—con mucho horror—
ante el meñique de Ana
por do mana
el dolor!

(Un dedo es un dedo. Un dedo
no es nunca menos de un dedo.)

¿Qué se ha creído la gente,
que nunca sufren los grandes?
De: de el Ural a los Andes

ese rumor se desmiente:
una vez les duele un diente;
estotra, tienen jaqueca
que muy pronto se les trueca
en grande desolación;
o bien, por la equitación,
un real hueso se fractura.
Qué amargura.

(Un dedo es un dedo... etc.)

Demagogos de la izquierda
que insistis
en la subversión de mierda:
¡mentis!

También sufren los de arriba;
este ejemplo es buen comentario
sobre que del sufrimiento
ni aun una Reina se priva.

Voto hago, un grande voto
porque pronto la princesa

quede ilesa
de su huesecillo roto,
y vuelva pronto a montar
a caballo, con real gracia,
cual de belleza una tea,
borrando así, en real borrar,
de este mundo la desgracia,
que es muy fea.

(Un dedo es un dedo... etc.)

Y agradezcamos también
al periódico
que por un precio muy módico
hace el bien,
tan responsable y profundo
de informar a su lector
del dolor que puebla al mundo
con dolor.
Señor!
¡Señor,

Firmado: un Grande

TEATRO



BASTOMETRO: lo mejor del año

FIN DE DICIEMBRE, de Ricardo Halac

Directores: Augusto Fernández / R. López Pertierra

Intérpretes: Helena Tritek / Betina Blum /
Eduardo Lobato / León Sarthie /
Carlos Moreno / Juan Pablo Boyadjian

Escenografía: Leandro H. Ragucci

HISTORIAS PARA SER CONTADAS de Osvaldo Dragún

Director: Daniel Cherniavsky

Intérpretes: Norman Briski / Beatriz Matar /
Héctor Pellegrini / Jorge Fiszson

dibujo de
SCHURJIN

ARNOLDO LIBERMAN



A MARC CHAGALL

La fatal entenebrea de un rabino
sementó descendiente, y fue la herida
que registra en la biblia del destino:
profeta Marc Chagall, de magia y vida.

Profeta Marc Chagall y peregrino,
violín azul, macabeo sin medida,
ritual criollo de samovar y vino,
parábola de luz, gallo suicida.

Collage de cabalista y desatino,
luna de aldea y de color sedienta,
mendigo con infancia y con camino.

Es mi niño, Chagall, el que lamenta,
no tenerte tan zeide y campesino,
en amarillo sol y verde menta.

POEMAS CON LOS MIOS

dibujo de
URRUCHUA



A LEON FELIPE

"con lo suyo y lo mío entrelazados"
A.L.

Quijote de montaña y de llanura,
culto al viento suicida y molinero,
testigo del infierno y la locura,
blasfemia caminante y compañero.

Un mi abuelo de hueso sin fractura,
un sueño de sillón viejo de cuero,
piedra mística, guadaña, criatura,
misterio, luminoso mensajero.

Quiero darte las llaves de mi templo,
tu casa solariega y blasonada,
tu casa sin gendarme y sin banquero,
y pedirte que vengas a mi reino:
sillón de paja y mesa apolillada,
y me traigas, León, tu verso entero.

dibujo de
BRUZZONE



A MIGUEL HERNANDEZ

I
Tan hijo de la luz y de las sombras
te vestían los ritos de tu duende
y te ibas, señal, por esa senda
de Orihuela, con puño efervescente.

Eras sólo un Miguel, un tal Hernández,
un pájaro marcándote las sienes,
un fervor del rocío, un hombre bueno,
un trueno en la trinchera, tercaamente.

La piel se te cubría de morena
de andar tanto la tierra y taa alegre,
la intención se te hacía primavera,
un surco tremebundo y transparente.
Miguel, Miguel Hernández, fue tu escuela
matar, así nomás, matar la muerte.

II
Intentando de niño un garabato
incendió su impaciencia y a su lado
nos fue España en su grito y alegato,
el polvo de su juego y sus soldados.

Y en esto iba su sangre, su no mato,
torbellino de versos al costado,
gendarme del amor, metal, relato
del rocío y tan silbo vulnerado.

En medio de los hombres va su ruego
dejando su clamor, su beso al viento.
su tiempo de cantar, su risa juego,
su ancha voz desertando al desaliento.
Semibíblico páramo de fuego,
tan Miguel tu infinito mar sediento.